



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

LA MORAL EN LA REGENTA DE LEOPOLDO

ALAS, CLARIN.

ESTE LIBRO
NO SALE DE
LA BIBLIOTECA

T E S I S

Que para optar el Grado de:

LICENCIATURA EN LENGUA Y
LITERATURA HISPANICAS

p r e s e n t a :

CARMEN DIAZ PICO

XKH
1978
DIA

México, D. F.

1978



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



FILOSOFIA
LETRAS

XLH
1978
DIA



F-1191-C25-N1044

a mi esposo,

a mis hijos y

a mis maestros.

I N T R O D U C C I O N

Uno de los biógrafos de Leopoldo Alas, Clarín, Juan Antonio Cabezas, (1) dice que la vida del autor de La Regenta careció de grandes contrastes, por lo cual concluyó que había sido un hombre sin biografía. Esto puede parecer cierto porque, en efecto, Clarín no fue un hombre de acción sino de pensamiento. Pero el escritor, que vivió a contrapelo de la sociedad decimonónica de su momento, rebelde por antonomasia, crítico y enjuiciador valiente, sí tuvo biografía, una biografía, que habla de un Clarín dueño de una vida interior tan conflictiva como cálida.

Leopoldo Alas (*Zamora, 1852,+Oviedo, 1901), asturiano de buena cepa, dirá "Me nacieron en Zamora", con su gracia natural.

Niño precoz y dolorido, destaca en el tercer año del bachillerato por su carácter indomable y su espíritu crítico. Sobresale en su grupo como el más radical de los republicanos, lo que se acrecienta cuando el 30 de septiembre de 1868 los estudiantes vibran con el triunfo revolucionario: es inminente la caída de los Borbones. El grito en toda España es: "Queda constituida desde este momento la Milicia Nacional. ¡Viva la libertad!" (2)

Leopoldo Alas ponía gran pasión en estos acontecimientos políticos por lo que 47 años después "no podrá resignarse a que todo aquel aparatoso cambio de régimen no pase de ingenuo juego de palabras". (3)

Clarín alcanza el título de bachiller a los 17 años, escribe poesía y lee ávidamente a Bécquer, Campoamor, Arce y Victor Hugo. Sus primeros escarceos periodísticos se dan en las páginas del Juan Ruiz, del que lo era todo: director, redactor y amanuense. Tiene, desde entonces, el sello del estilo de Alas: "Humorismo, galanura y corrección castellana." (4)

Leopoldo Alas va a vivir a Madrid, Juan Antonio Cabezas ofrece una semblanza de lo que era Clarín a los 21 años:

"En este invierno de 1873, Leopoldo Alas asiste todas las tardes a la tertulia de la Cervecería Inglesa. Ya no son tan frecuentes como el año anterior sus escapadas al templo y a los arrabales del puente de Segovia. El joven filósofo se va haciendo a la moda. Y la moda de entonces es la cerveza, la filosofía krausista y las novelas de Emilio Zola. Hay que ser 'espíritu fuerte'. Así llega aquel martes 11 de febrero de 1873 -¡qué diferente del 1793!- en que después de un torneo retórico de varias ho

ras -Figueras, Castelar, Martos- la Asamblea Nacional recibe la abdicación a don Amadeo de Saboya y queda proclamada la república. Una república que no nació envuelta en sangre, sino en perifollos de retórica. Desde ese momento, que todos tuvieron por de gran trascendencia en la historia de España, los jóvenes intelectuales se dedicaron con ardor propio de los pocos años a defender el nuevo régimen. Todos se sienten orgullosos de ser discípulos de Castelar y de Salmerón y de vivir un "momento histórico." (5)

Dado el temperamento de Leopoldo Alas, debió vivir con gran intensidad estos momentos cruciales para España. El 2 de octubre de 1875 firma, por primera vez, con el seudónimo Clarín su "Azota calles de Madrid". Empieza a escribir cuentos y composiciones poéticas. El 1º de julio de 1878 presenta su tesis doctoral en Derecho Civil y Canónico El Derecho y la Moralidad, que mereció la nota de sobresaliente. El Clarín cristiano entra en contacto por entonces con las corrientes del positivismo iconoclasta que se filtraban en España; a propósito de esto Azorín dice que su alma oscilaba entre la tradición y la renovación.

Aún muy joven, Alas ganó por oposición una cátedra de la que es desposeído por el vengativo conde de Toreno, ministro de instrucción pública, quien no olvida las sátiras de Clarín, a él dedicadas en el periodico El Solfeo. El apoyo moral que algún amigo le brindó en este momento crítico, le hizo escribir: "El día que en la soledad no oigas una voz que te distraiga y consuele, puedes llorar la muerte de tu único amigo". (6)

El contacto con los liberales y krausistas de la metrópoli influyó, decisivamente, en el ánimo de Alas. Reafirmó su liberalismo que, curiosamente, "como actitud política, es un invento español acuñado precisamente en Cádiz, hacia 1810", (7) y es sabido que "el liberalismo es una actitud romántica por excelencia".(8) Lo apuntado remite a que

"aquilatado en su significación histórica y aun en sus métodos, Clarín ofrece notables semejanzas con Larra, a quien admiró y tuvo por maestro. Verdadero crítico comprometido (antípoda del crítico evasivo que resultó ser don Juan Valera), puso su talento, que fue mucho, al servicio de la regeneración española, de la honestidad intelectual del libre pensar. Su crítica, esencialmente -

ética y educativa, se hacía sátira sangrienta con todo cuanto parecía reprochable". (9)

Es realmente, difícil pensar en Clarín sin Larra, que fue, en su momento -a principios del siglo XIX- el abanderado del liberalismo romántico español. El liberalismo hizo a Clarín simpatizar con la Revolución de 1868 y se enlistó en el partido republicano. El mismo escribe: "era yo liberal, y sin embargo católico, y en los dolorosos esfuerzos que a mi inteligencia y a mi corazón costaba esta autonomía aparente", (10) trataba de conciliar actitudes políticas y religiosas. "En sus 'Cartas de un Estudiante', publicadas en el periódico La Unión, Clarín nos ha hablado del catolicismo en que se educó y de las razones que lo llevaron a abandonarlo". (11)

Para comprender esta disonancia, este desajuste de Clarín, hemos de comprender que en España,

"en el plano de las ideologías, como 'reflejo' de la estructura social, encontramos un sistemático desfase entre ambos tipos de realidad. Hemos tenido liberalismo y democratismo antes de existir una bur

guesía cuyo reflejo fuese. Hemos tenido sin
dicalismo y socialismo antes de existir un
proletariado. Y, desde la otra cara de la
medalla, hemos tenido carlismo después de -
que el país entrase en vías de modernización,
exactamente igual que hemos tenido anarquis-
mo después de la aparición de un auténtico
proletariado industrial". (12)

Por lo cual, proverbialmente, se han dado a lo lar-
go de la historia de España desavenencias y oposicio-
nes entre ideología y realidad.

Este desfase, como dice José Jiménez Blanco, se ex
tendía a todos los "ismos" que se trataba de adoptar en
el proceso de modernización de España.

Así, Clarín tenía la etiqueta de liberal en un país
eminentemente conservador. Y aunque se haya burlado en
su obra de los "liberalotes a ultranza", como en el ca
so de Carlos de Ozores, su postura se mantuvo siempre
liberal.

Ahora bien, respecto al krausismo, muchos escrito-
res se hacen cruces acerca de cómo llegó a entronizar-
se en España. Jiménez Blanco se pregunta:

"¿Qué decir de nuestra intelectualidad que cuando decide modernizarse introduce en el país, de la mano de Sanz del Río, producto tan singular como el krausismo? Sanz del Río introduce desde Alemania el krausismo cuando en aquella nación la gigantesca figura de Hegel se proyecta, por encima de los claustros universitarios, a toda la vida política e intelectual. ¿Qué pasaba en España para que semejantes 'desajustes' - ideológicos e intelectuales se produjesen tan regularmente?" (13)

¿Por qué Clarín abrazó el krausismo y cómo repercutió en su vida? Es indispensable, antes de contestar a esta pregunta, exponer algunas ideas centrales del pensamiento de Krause.

Según Krause, el pensar procede de dos maneras, subjetiva o analíticamente en su inicio; posteriormente, objetiva o sintéticamente. Ahora bien, la función objetivante no puede ser llevada a cabo por un yo empírico, personal, es preciso un "proto-yo". Sin embargo este "proto-yo" no se basta a sí mismo -sus componentes, el cuerpo y el intelecto son -

esencias finitas que forman parte de la Naturaleza y del Espíritu-. Deberá, por tanto, buscarse su fundamentación en una esencia básica y originaria: ésta es el Absoluto, Dios.

Sus cartas publicadas en el periódico La Unión muestran que Clarín no encontró en las obras de los pensadores católicos de su tiempo solución a sus dudas religiosas. Así se explica el entusiasmo con que abrazó la metafísica krausista de Salmerón, su maestro, gracias a la cual consiguió, todavía por algún tiempo, fundamentar racionalmente sus creencias religiosas.

El movimiento krausista español fue un tanto complejo. Estrictamente hablando, sólo puede considerarse krausistas a los discípulos de Sanz del Río, maestro a su vez de Leopoldo Alas, quien le dedicó su tesis doctoral, presentada con tanto éxito. La tésis sobre El Derecho y la moralidad se alineó con el pensamiento de Krause.

Es interesante indagar por qué en España arraigó el krausismo más que otros sistemas idealistas, incluso más acabados y con mayor hondura filosófica.

Señalemos que el krausismo se convirtió en un movimiento de renovación de España; y como la renovación debe tener lugar en las personas y en las comunidades humanas, se explica porqué Sanz del Río prestó tanta atención a un sistema cuyas bases éticas y religiosas predominaban sobre las propiamente teórico-especulativas. En una palabra, se trataba de descubrir un nuevo espiritualismo que pudiera convertirse también en un nuevo humanismo.

El krausismo fue visto por los individuos de talento y sensibilidad, como una ideología exhortatoria con fuerza persuasiva suficiente para prescribir reglas de conducta así como esbozar ideales de gran altura moral.

Por último, hay que puntualizar algo muy importante: Krause acentuaba la importancia de las llamadas asociaciones de "finalidad universal", como la Familia o la Nación, frente a asociaciones "limitadas" - como la Iglesia y el Estado; ya que estas últimas realizaban, es cierto, la moral y el Derecho, pero no son sino instrumentales. El verdadero fundamento de la moralidad se encuentra, así pues, en la Familia y en

la Nación, y por eso el ideal de la humanidad no era visto como el dominio de un Estado sobre los restantes, sino como una federación de asociaciones universales que no sacrificaban su peculiaridad.

El krausismo salvó a Clarín de la inestabilidad emocional, le dio fe religiosa: "Ahora nunca se me ocurre, por muy nervioso que esté, dudar de Dios, y dar vueltas a estos argumentos pobres e ineficaces de la escolástica. Dios se lo pague a quien me arrancó para siempre de aquel triste estado". (14)

Es, entonces, necesario recalcar el punto siguiente: el krausismo se dio a la tarea de delinear, en España, grandes ideales morales y de prescribir reglas claras de conducta. Además, dado lo anterior, es comprensible que una filosofía tan pragmática funcionara perfectamente dentro de la idiosincrasia española.

El krausismo dejó una impronta en la vida de Clarín, y en la de otros intelectuales españoles atormentados también por una problemática de fe puesta en duda:

"El Clarín de la década del 70 se afirma en la re

ligión racional, pero se manifiesta insatisfecho en el terreno del sentimiento", por el contrario "del Clarín de la década de los 90 se puede decir que buscaba la - fe afirmándose en un sentimiento que a ella le empujaba, pero la razón dudaba y anhelaba por un renacimiento metafísico que volviera a darle la seguridad racional que buscara en el krausismo". (15)

La crítica piensa que la versión literaria de esta crisis de Clarín quedó plasmada en el cuento "Cambio de Luz".

La opinión que de Clarín tenían muchos de sus contemporáneos no podía ser peor: librepensador ("El libre pensamiento, como hecho social y psicológico, es la esencia de la civilización moderna") (16) anticlerical e impío ("no quiero hablarte del derecho canónico y de la disciplina eclesiástica, en cuyo estudio acabé de perder el poco respeto que tenía al culto y al clero"). (17) Expresar esto en la España tradicional y católica era demasiado fuerte. Y, todavía, como si lo anterior fuera poco, sus críticas literarias desbarataban o afirmaban prestigios, lo que le creó muchos e implacables enemigos.

Su lema fue "Cuando, buena o mala se tiene una -

idea, se cree algo, es deber de todo hombre, en toda especie de trabajo social, procurar que cunda lo que él tiene por racional y justo". (18) Reafirma esta ética valerosa expresando categóricamente: "Todo me nos torcerme, todo menos decir lo que no siento." (19)

Despreciaba a todos los "pseudos" y suspiraba por "la hermosa y evangélica tolerancia". (20)

Juan Antonio Cabezas fija como el año en que Clarín comenzó a escribir La Regenta el de 1880, o sea cuando tenía 28 años.

"En estos primeros meses de 1880, en que Clarín se ocupa de la vida ovetense, están tomados los primeros apuntes y trazadas algunas líneas generales de La Regenta, la obra de mayor empeño literario de Clarín, que verá la luz cuatro años después. Marcel Proust saca 'toda su Cambray' de una taza de té. Clarín saca toda su Vetusta de un sueño. Le bastará una palabra, un poco de humo, un olor t^ubio, para que la evocación sea perfecta,

y Oviedo, toda entera, con sus piedras seculares y sus almas rancias, sea poco a poco transformada en la Vetusta inmortal. - Cuando el progreso, al que no se le puede negar el paso, al acercarse el fin del siglo, va a cambiar la faz de Oviedo, va a mutilarla con sus piquetas demoledoras, - Clarín recoge las últimas vibraciones de una época que va a desaparecer, los últimos raggos de una tradición secular que va a morir abrasada por un cable eléctrico, Clarín, poeta, quiere guardar para sí, y para todos los poetas que vendrán, una ciudad como la de su infancia, una ciudad que en el mapa literario de España tenga el distintivo de la más alta capitalidad. Una ciudad para turistas del espíritu, con itinerarios breves y profundos, en los que la ficción ha superado todas las broncas - realidades. Itinerarios de calles enguijarradas y piedras articuladas de sueños. Así nació Vetusta, una ciudad de piedra y espí

ritu. Así nació La Regenta, una de las mejores novelas que produjo en lengua castellana el naturalismo neorromántico". (21)

Cabezas, quizás, empobrece a La Regenta cuando la clasifica como obra del naturalismo neorromántico, expresión que, por otra parte, no es del todo clara y con la que no se puede estar de acuerdo.

Para estas fechas Clarín tiene ya renombre nacional. Se cartea con Pérez Galdós, la Pardo Bazán y otros destacados literatos españoles.

En 1881 salen a la luz los Solos de Clarín, libro importante porque en él están reunidos cuentos, críticas, ensayos y creaciones literario-filosóficas. Colabora en varios periódicos de prestigio.

En 1887, además de servir sus cátedras, trabaja incansablemente Clarín, ya que es invitado a escribir en El Imparcial, el mejor periódico de Madrid. La publicación de muchos artículos de Alas sacó -- chispas, al grado de que, varias veces, fue retado a duelo. Y como el único quitamanchas del honor -- era la sangre, Clarín, que tenía valor de escribir y publicar lo que él y muchos otros pensaban pero

no decían, se metió en grandes líos, de los cuales pudo salir airoso y con vida. Un "palique" suyo se tituló: "Ni me retracto, ni me bato". (22)

Pocas veces, como en el caso de Alas, se cumplió - el dicho de que "nadie es profeta en su tierra":

"Oviedo nunca comprendió a Clarín. Nunca vio en el hombrecillo pequeño nervioso y miope, del que a veces se oía decir que sus 'paliques' armaban jaleos en Madrid, más que al profesor don Leopoldo. Aquel buen señor que todos los días pasaba corriendo hacia la Universidad y que por las tardes jugaba en el casino una partida de tresillo. Los estudiantes romos de inteligencia y las beatas tenían de él un concepto terrorífico y un tanto luciferino. Unos le temían porque daba suspensos, y las otras porque lo consideraban ateo y con pujos liberales". (23)

"Esta fue la tragedia de Clarín. Vivió en Oviedo como un extraño, si exceptuamos una tertulia de cuatro amigos, y en España como

un profeta puritano y ridículo, que dice ver
dades que nadie quiere creer, y señala defec-
tos que por ser de todos nadie quiso recono-
cer entonces". (24)

Cuando publica La Regenta se le acusa de plagio y:

"Para un espíritu de su temple, recogido en
la paz de su retiro, no hay diferencia sus
tancial entre las palabras de los hombres
-aunque sean de un Castelar-, los chirridos
de los grillos, el cacareo de las gallinas
o el ladrido de los perros a la luna.

'El desdén de la luna me encanta por lo na
tural. ¡No oye a los perros!,' escribe des-
pués de leer un artículo en que se le llama
plagiario". (25)

En los primeros días de este siglo, se hace una nué
va edición de La Regenta. Al corregir las pruebas y -
leer los párrafos brillantes, comenta Clarín con su mu-
jer lo siguiente: "¿Y ves esto? Ya no podría escribir-
lo yo ahora". (26)

NOTAS A LA INTRODUCCION

- (1) Cabezas, Juan Antonio. "Clarín". El provinciano universal. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1962, p. 15.
- (2) Ibidem, p. 44.
- (3) Ibidem, p. 47.
- (4) Ibidem, p. 55.
- (5) Ibidem, p. 69.
- (6) Ibidem, p. 91.
- (7) Aranguren, José Luis et al. Historia social de España. Siglo XIX. Guadiana de Publicaciones. Madrid, 1972, p. 18.
- (8) Ibidem, p. 18.
- (9) Beser, Sergio. Leopoldo Alas, crítico literario. Ed. Gredos, Madrid, 1968, p. 12.
- (10) García Sarriá, Francisco. "Clarín" o la herejía amorosa. Madrid: Ed. Gredos. 1975, p. 19.
- (11) Ibidem, p. 19.
- (12) Aranguren. Op. cit., p. 35.
- (13) Ibidem, p. 37.
- (14) García Sarriá. Op. cit., p. 24.
- (15) Ibidem, p. 26.
- (16) Alas, Leopoldo. La Regenta. UNAM, México, 1960, p. X.
- (17) García Sarriá. Op. cit., p. 20.
- (18) Beser. Op. cit., p. 118.
- (19) Cabezas. Op. cit., p. 145.
- (20) Alas. Op. cit., p. XI.
- (21) Cabezas. Op. cit., p. 98.
- (22) Ibidem, p. 153.
- (23) Ibidem, p. 171.
- (24) Ibidem, p. 171.
- (25) Ibidem, p. 163.
- (26) Ibidem, p. 2115.

I. V E T U S T A

Elegimos La Regenta para esta tesis por sensibilidad, pero nunca porque, con un criterio selectivo, la prefirí^éramos por sobre su obra, ya que el conocimiento de Leopoldo Alas nos ha hecho pensar que, injustificadamente, "el Clarín crítico, que en su época fue más famoso que el Clarín novelista, haya perdido valor hoy a expensas de lo segundo", y que "cualquier discusión en torno a este tema carece de interés científico, y se cierra en un bizantinismo gratuito; como novelista es autor de - dos obras maestras, como escritor de relatos breves y cuentos ocupa el primer lugar en la literatura española del XIX, como crítico llenó con su producción el último cuarto del siglo." (1)

"La heroica ciudad dormía la siesta", la gente digería al puchero o la olla podrida; funciones vitales de orden meramente fisiológico. Desde esta frase queda implícita una crítica irónica, clariniana, al usar el epíteto contrario al supuestamente debido. Hemos - de comprender que el paradigma de la ciudad antiheroica sería, precisamente, la que duerme, en forma grosera, la perezosa siesta. "En Vetusta nadie pensaba; se vegetaba nada más". (2) Es útil aclarar que "No es el

objetivismo el estilo que puede definir a la novela ni al autor, sino otro, irónico, sugerente, enmarcado siempre por un modo de describir que parece imparcial y es intencionado". (3)

Vetusta, esa ciudad que podríamos parangonar con la "Orbajosa" de Pérez Galdós -como después veremos- es "eclesiástica y tradicional.) Más de un crítico ha señalado la importancia de Vetusta en la obra, hasta el punto de afirmar que la novela se debía titular Vetusta". (4) En ese lugar es donde se teje la red de vidas que, ineludiblemente se vinculan entre sí de un modo u otro.

En determinados momentos de la narración hay descripción de procesiones, misas de gallo, entierros y paseos; en ellos se ve que el pueblo vetustense se une indisolublemente por sus expansiones vitales. Todo ello era, como dice Clarín, "para satisfacer la necesidad de verse y codearse y oír ruido humano". Porque "Es de notar que los vetustenses se aman y se aborrecen; se necesitan y se desprecian. Uno por uno, - el vetustense maldice de sus conciudadanos, pero definiendo el carácter del pueblo en masa, y si le sacan

de allí suspira por volver". (5)

Señala Clarín a la religión como el elemento más importante de unificación de los habitantes de Vetusta: "Como la religión es igual para todos, allí se mezclaban (en la misa) todas las clases, edades y condiciones." (6)

Los lazos que, según Alas, unían a los vetustenses son, bien mirados, definitorios de la condición humana: amor y odio.

II. MORAL DE LAS DIFERENTES CLASES SOCIALES DE VETUSTA

Ahora bien, nuestro trabajo está encaminado a enfocar precisamente la moral que campea en la obra La Regenta. La moral social, ya que esta novela trabaja con la sociedad de Vetusta.

"Moral y Sociedad, bien consideradas las cosas, creo yo que es casi un pleonasma, es - una semitautología, porque toda moral, en realidad, es una moral social. Hemos vivido una época de individualismo y hemos podido pensar lo contrario, pero nuestro individualismo, aun en el caso de que lo tengamos, se inscribe siempre en el marco de una moral establecida, la que quiera que sea. Siempre vivimos dentro de una moral social vigente. Lo verdaderamente individual, lo verdaderamente personal por nuestra parte, es la firmeza, es la apropiación, es el grado mayor o menor de internalización de esa moral que está en torno a nosotros, decir a esa moral 'si' o bien, pues también cabe esto, decir la 'no'. Podemos decir no, en efecto, a una

moral que está vigente, pero eso nunca lo decimos desde el puro individualismo. No hay nadie que se levante frente a una sociedad establecida para decir él solo no; siempre se rodeará de un grupo tal vez pequeño, tal vez muy pequeño, tal vez insignificante, hasta el punto de que nadie lo considere en ese momento como existente; pero es un grupo y solamente desde él se puede romper con una sociedad. Romper con razón si es un inconformista, sin razón un bandido; pero en cualquier caso lo mismo el bandido que el inconformista tienen un grupo de compañeros, los otros bandidos, los inconformistas (no hay distancia entre los unos y los otros, por lo menos para el Régimen), quienes se alzan para decir no a una moral establecida, desde una moral que no se halla establecida, pero que también es social, aunque sea de un microgrupo a que este hombre inconformista pertenece... Con esto quiero decir que toda moral es una moral personificada, no en un individuo, si-

no en un grupo." (7)

Es prudente, pues, un primer acercamiento a estos grupos, a estas clases sociales vetustenses. En la Regenta, Clarín tiende a ser elitista. La mayor parte de sus personajes pertenecen a la nobleza, clero y alta burguesía.

Las clases sociales vetustenses estaban constituidas, como en otras ciudades decimonónicas españolas - en baja, media, burguesa, nobleza y el clero.

La clase baja, la de los desheredados, apenas es mencionada por Clarín en La Regenta. Leamos: "En Vetusta la juventud pobre no sabe ganarse la vida, a lo sumo se gana la miseria; muchachos y muchachas se comen a miradas, se quieren, hasta se lo dicen..., pero lo dejan; falta una posición; las muchachas pierden su hermosura y acaban en beatas", y "Los que quieren medrar salen del pueblo; allí no hay más ricos que los que heredan o hacen fortuna lejos de la soñolienta Vetusta". (8)

La versión clariniana es dulce, en comparación - por ejemplo, con la situación que nos refieren otros comentaristas españoles del siglo pasado. Mallada escribe: "¿Qué queréis que haga el pobre bracero, dicho

so si llega a conseguir un jornal de cinco reales para sustentar a cinco de familia?" "¿Os extraña que ella y sus hijos están envueltos en un montón de harapos y de remiendos?" Ella es, por supuesto, la esposa del bracero. Y continúa: "¡Pues así viven más de la mitad - de los españoles!" (9)

"Así, en una historiografía tradicional -que casi llega a nuestros días- las masas populares decimonónicas se nos aparecen como un fondo inerte y desdibujado sobre el que resaltan las dramáticas peripecias de las clases medias y altas de la sociedad". Los estudiosos de este asunto se preguntan "Cuáles fueron las formas de vida, las ideas y sentimientos de aquellas gentes, y aun los impulsos que en esos trágicos años las movían, son cosas que no sabemos con certidumbre, y para cuya cabal comprensión serán necesarios los esfuerzos de la investigación histórica". (10)

Clarín, curiosamente, no menciona a la gente del campo más que excepcionalmente. El Magistral, don - Fermín de Pas, y su madre eran aldeanos. También lo eran Petra y Teresina. Gente más robusta que los ciudadanos, y todos ellos actúan en el curso de la novela con una moral precaria y forzada. Recordemos que el Marqués de Vegallana tenía a sus hijos ilegítimos

fuera de Vetusta.

Hay un solemne desprecio de las clases privilegiadas hacia los pobres. Los tertulios de Vegallana se expresan peyorativamente de "la excitación nerviosa de toda la pobretería", (11) Pepe Ronzal "Aborrecía lo que olía a plebe", (12) "Las personas decentes ('ricas') no iban al cementerio". (13)

La contrapartida de este ver y hacer menos a los pobres la tenemos en la contestación de Petra a la Regenta: " -Dónde nos hemos metido...", pregunta Ana de Ozores a Petra, la que contesta: "-¿Qué importa? Ya ve usted que no se la comen. Muchas señoritas podrían aprender crianza de estos pelagatos". (14)

La moral de la picaresca cobra vida en el diálogo de los delanteros de la tralla: "¿Vendrá a pegarnos?" -pregunta Celedonio, "el acólito afeminado, alto y es cuálido", a Bismarck, su compañero. (15) "No había motivo; pero eso no importaba. Él vivía acostumbrado a recibir bofetadas y puntapiés sin saber por qué." (16)

Las breves menciones al proletariado, en la obra de Alas, se contradicen. Entre esos proletarios "que no siempre estaban seguros de llegar a cenar a su casa", "la virtud y el vicio se codeaban sin escrúpulos";

"niñas de catorce años, con rostro de ángel, oían sin turbarse blasfemias y obscenidades que a veces las hacían reír como locas". "Todas eran jóvenes. El trabajador viejo no tiene esa alegría. Entre los hombres, acaso ninguno había de treinta años. El obrero pronto se hace taciturno: pronto pierde la alegría expansiva, sin causa. Hay pocos viejos verdes entre los proletarios". (17)

Las palabras sin causa, usadas en este caso sin pizca de ironía, podrían producir desconcierto al incauto lector: lo insólito sería encontrar una alegría expansiva permanente en estos obreros, pensaría. Pero obviamente sin causa se refiere a alegría y no a perder; es como si afirmara que no tienen los obreros, de qué reírse, y que, por lo tanto, jamás podrían perder una alegría que nunca han tenido.

Clarín no es congruente, en cambio con la clase media. Escribe Alas: "Un paseo, cogido de los cabellos, es un placer delicado, intenso, que gozan con delicia inefable las masas proletarias de la honrada clase media". (18)

Entonces ¿en qué quedamos?, los mismos grupos en los que se codeaba "el vicio y la virtud", son tam-

bién en otra descripción las masas proletarias "de la honrada clase media española".

Resumiendo, según Clarín, en la honrada clase media española se codeaban el vicio y la virtud. Extraña e incompatible situación ésta, desde todos los ángulos. Con un criterio moderno se nos hace imposible aceptar una clase media constituida por personas que Clarín precisa como "costureras, chalequeras, planchadoras, ribeteadoras, cigarreras, fosforeras y armeros, zapateros, sastres, carpinteros, hasta albañiles y canteros", siendo así que Lombana (op.cit., p. 171) nos habla del "proletariado campesino" y del "naciente proletariado industrial", que vivían en deplorables condiciones.

Es cierto que mientras "Una endogamia, paralela a un proceso de concentración económica", permitió deslindar definitivamente los núcleos de la alta burguesía en España, conectados asimismo con la aristocracia, las clases medias parecen difíciles de clasificar.

"La clase media -o, quizá habría que escribir las -clases medias- es mucho más difícil de aprehender. Es de señalar, además, que la poca y multiforme que existe atraviesa el siglo XIX sin conciencia de tal.

La heterogeneidad sigue siendo su constituyente básico. Aquí se integran, en peculiar amasijo, oficiales del Ejército, profesiones liberales, pequeños rentistas y funcionarios." (19)

De todos modos es de creerse que en el tiempo de Clarín ya existía una clase media delineada, dentro de la cual no cabían los proletarios, pero, creo que este problema de estratificación social se sale de nuestro tema. Baste con recordar, por último, que hay otra men ción en La Regenta; cuando Clarín describe la belleza extraordinaria de Ana de Ozores dice: "La plebe opina ba lo mismo que la nobleza, y la clase media era de igual parecer." Alas distingue entre plebe y clase me dia.

La falta de movilidad social empuja a ciertos per sonajes de la novela a transgredir cánones morales. Por ejemplo, Petra y Teresina esperan escalar a otra clase social, incluso adquirir señorío por medios des honestos. En cambio, los requerimientos amorosos de los "señoritos de la clase" hacia las criadas (nos re ferimos al caso de Vegallana) son bien recibidos por éstas, por considerarlos una honrosa distinción. Otro caso es el de Quintanar con Petra.

"Así se comprende que las gentes demasiado modestas -dijo demasiado modestas porque nadie - debería vivir en las condiciones en que muchas gentes viven. las gentes demasiado modestas se ven obligadas en gran parte por la injusticia de nuestra sociedad, a practicar, por decirlo así, unos códigos morales que dejan mucho que desear; pero si dejan mucho qué desear es mucho más por culpa nuestra que por culpa de ellos, en definitiva, el código moral al que ellos tienen que atenerse es la correspondencia del limitadísimo derecho social en que nosotros los hemos situado." (20)

La moral de las clases bajas es forzosamente débil por simple determinismo social. Sin embargo hay una aceptación de amor a la realidad por el autor, por la que estas clases se mueven entre vicio y virtud, entre la honestidad y la deshonestidad.

"De todos modos, lo que importa es subrayar esta distinta situación en que nos encontramos las gentes que convivimos, que aparentemente convivimos y que, sin embargo, ajustamos nuestra conducta -incluso infringiéndolo, eso no importa nada, lo que importa -

es que lo aceptemos- a un código moral, o, por el contrario, afirmemos un código moral diferente; y en cualquier sociedad suficientemente diferenciada hay siempre una pluralidad de códigos morales y gentes que se encuentran muy a disgusto dentro de ese código moral y que, por lo mismo, acuden a otro diferente. Ahora bien, estos diferentes códigos morales que existen simultáneamente - dentro de una sociedad, obedecen parcialmente a un condicionamiento por la estructura socio-económica subyacente. No digo que éste sea el único condicionamiento, pero nuestro código moral difiere, aparte otras razones, por el hecho de que nuestra estratificación social sea más alta o más baja. - Las gentes que están muy arriba en la estratificación socio-económica, se consideran liberadas de una porción de prejuicios. Sabido es que hay gentes muy distinguidas pertenecientes a grupos sociales próximos al sistema, que están por encima, o se consideran por encima, de reglas ya pasadas de moda y declaradas a extinguir, de la moral -

cristiana." (21)

Precisamente, de estas clases elevadas -alta burguesía y nobleza- son de las que vamos a hablar. Ya que Clarín usa un lenguaje indirecto, bien puede ser que - él haya hablado por boca de algunos de sus personajes. Estas clases comulgan con ruedas de molino, en cuanto al cumplimiento de cánones morales se refiere. Paco, el marquesito, cree

"en la corrupción absoluta de las clases superiores". "Estaba seguro de que si no venía otra irrupción de bárbaros, el mundo se pudriría de un día a otro. Lo lamentaba, pero lo encontraba muy divertido." (22)

Por sobre todas las cosas, los aristócratas vetustenses contaban con la pureza de la sangre, que todo lo permitía, y que, ostentosamente mencionaban cada vez que era necesario. "Todos, la baronesa inclusive, se reían de los plebeyos que allá fuera seguían bailando". (23) Y "Representaba (Ana) una alianza nefasta en que la sangre a todas luces azul, de las Ozores se mezcló en mala hora con sangre plebeya". (24) "La verdadera desigualdad está en la sangre". (25)

De esta manera el marqués de Vegallana

"Tenía todo el orgullo y todas las preocupaciones de sus compañeros en nobleza vetustenses, pero afectaba una llaneza que - era el encanto de las almas sencillas." (26)

La moral que importaba primordialmente a los vetustenses era la sexual, pero las infracciones a ella no se tenían en cuenta siempre y cuando no se conocieran en sociedad. Lo que se buscaba era cubrir las apariencias. Entre estos vetustenses encumbrados privaba sobre todas las cosas, "el sentido de clase". Los "de la clase" todo lo podían: "Y como sus aventuras eran rurales, salía el buen Vegallana a desafiar los elementos." (27)

Lo esencial era que los asuntos delicados no trascendieran. Era de elemental buen gusto la discreción. La discreción de Mesía llamaba la atención de la marquesa de Vegallana.

Las de Ozores decían, respecto al incidente ocurrido a Ana en su infancia:

"En cuanto a la moral, tampoco era el caso - grave, porque en Vetusta nadie debía de saber nada. Lo malo sería que aquella muchacha hubiera seguido con vida tan disoluta.

Pero no había motivo para creerlo. Nada -

más habían sabido que la condenase. Sobre todo, pronto se había de ver." "Ana, que - tuvo valor para sufrir hasta la última palabra, comprendió que sus tías lo perdonaban todo, menos las apariencias; que con - tal de ser en adelante como ellas, se olvidaba lo pasado, fuese como fuese. Cómo - eran ellas ya lo iba conociendo. Pero estudiaría más." (28)

El que no se supiera nada en Vetusta tranquilizaba a las tías de Ana, las que pertenecían al mundo de "beatas trotaconventos, solteras y talludas, llevan al día el libro mayor de la - chismografía erótica, sin que falte por - anotar y comentar escrupulosamente desliz de soltera, casada o viuda. Con esa tendencia a materializar las palabras y aun símbolos que tienen los insatisfechos sexuales, estas celestinas espirituales con pasiones metafísicas forman una Santa Inquisición con faldas, que suministra preceptos a las doncellas sobre lo que se - han de dejar ver, oír y tocar de sus gala

nes 'sin comprometerse'. Al conjunto de estas reglas o preceptos se llamaba en el -- 'gran mundo' ovetense de 1884 'un cierto ten con ten'. Esta preceptiva eroticosocial, o del 'ten con ten', suponía todo un sistema defensivo de la virginidad y demás encantos naturales adyacentes. Una guía de mediopeccadores, en cuyos preceptos se determina la cantidad en un pellizco, por la zona geográfico-anatómica en que había sido 'obsequiado' (así se decía entonces), en una palabra galante o sencillamente obscena, por la profundidad a que había llegado el aguijón picaresco. En un ósculo furtivo -- así se dice entre gentes de 'la clase' --, por su duración y regodeo. Ya dice un escritor que 'el siglo XIX no ha sido gobernado por Kant, sino por el cant' (cant, en inglés hipocresía). Por lo demás, en Oviedo, como en todos los pueblos pequeños, los pecados de lujuria suelen tener una atenuante, cuando son pecados que huelen bien." (29)

Después de estas clases de "moral", Ana aprendió

"a guardar las apariencias, supo recordando

el pasado que para el mundo no hay más vir
tud que la ostensible y aparatosà". (30)

Y a Trabuco "no le faltó perspicacia para comprender que el mundo daba mucho a las apariencias." (31)

"Los de la clase" cuidaban las apariencias a pesar de que "los muchachos de la aristocracia eran casi todos libertinos más o menos disimulados." (32)

Y las menguadas "señoritas" guardaban la etiqueta - del "ten con ten". El mecanismo de la hipocresía es taba fraguado.

Del sistema represivo del "qué dirán", salió Ana de Ozores después de muchas luchas internas: "A Dios gracias, estos miedos al qué dirán ya han pasado."

(33)

Y, precisamente, cuando Ana ha superado ya este temor a la maledicencia, es cuando va a ser víctima de ella. Es en el Vivero (lugar donde cree vivir) el sitio y el momento en el que la novela empieza su clímax.

El ejemplo más acabado de la aseveración de que todo se miraba bien "en la clase" era la casa de - los marqueses de Vegallana. La mansión era un burdel solapado.

"Los liberales avanzados, los que no se andaban con paños calientes, sostenían que la casa era de lo peor." (34) "Sin embargo, los maledicientes procuraban ser presentados en aquella casa donde había tantas aventuras." (35)

Los mismos tertulios procuraban cerrar las puertas, porque se daban tono así, y además no les convenían - testigos: "estaban mejor en Petit comité". "El espíritu de tolerancia de la marquesa había contagiado a sus amigos." (36)

El marqués pasaba por todo. Eran cosas de su mujer.

"Si no había podido moralizarla a ella, mal había de moralizar a sus tertulios."

"El vivía en el segundo piso." (37)

Y aunque "Lo mejor de Vetusta llenaba el salón", - (38) la verdad era que

"se murmuraba del mundo entero, se inventaban calumnias nuevas y se amaba - con toda la franqueza prosaica y sensual que, según Bermúdez, era la característica del presente momento histórico, desnudo de toda presea ideal y poética." (39)

Alvaro y Ana "casi siempre se veían en casa de Vegallana; allí eran sus cariños furtivos, precipitados." (40) Porque

"A los escrupulosos (la marquesa) los llamaba hipócritas" y "uno de los que más partido había sacado de estas ideas de la marquesa y de sus tertulias era Mesía." (41)

"La marquesa tenía a su esposo por un grandísimo majadero, condición que ella creía casi universal en los maridos. Ella sí que era liberal", y, "La libertad, según esta señora, se refería principalmente al sexto mandamiento." (42)

En Vetusta la gente "de la clase", aunque de manga muy ancha, tenía una curiosa capacidad de asombrarse de la conducta ajena. Tal parece que la calumnia y la difamación fueran las armas que esgrimía el vetustense para custodiar las buenas costumbres de las que, en muchos casos, carecía. Cuando Pérez Galdós se situaba en una ciudad pequeña, en el caso de Orbajosa, por ejemplo, uno de los personajes dice:

"-Aquí nos miramos mucho" -prosiguió don-Inocencio-. Reparamos todo lo que hacen

los vecinos, y con tal sistema de vigilanc
cia, la moral pública se sostiene a conve
niente altura." (43)

No sé con certeza si esta autodefensa que revela -
 un espíritu de grupo encajaría también en Vetusta; pe
 ro juzgo que sí sería también válida.

Los códigos morales que, obviamente, no aparecen
 escritos en ninguna parte, pero que todos conocen, -
 los infringían las clases altas y las bajas en Vetus
ta; aquéllas porque se podían dar el lujo de hacerlo,
 y éstas por extremas carencias. Pero lo que sí es in
dicado precisar es que esos códigos morales, ya se -
 infringieran como en las clases alta y baja, ya se
 aceptaran como, supuestamente, en la "honrada clase
 media", eran las normas que regían en Vetusta.

III. VETUSTA COMPARADA CON MADRID

Ya, desde Mariano José de Larra, encontramos una crítica despiadada de la sociedad madrileña. Más tarde, la sociedad matritense de la Restauración integrada por la alta burguesía y la nobleza en bizarro sincretismo, queda plasmada. "De todo este mundo nos ha dejado Galdós muchas páginas escritas que son documento vivo y palpitable, necesario para llegar a una justa precisión. En especial, referidas a la vida madrileña. Para la provinciana, lenta, morosa, reposada, tenemos ese prodigio de finura, descripción y penetración que es La Regenta."

(44)

Aunque, para Clarín, se infrinjan en Vetusta las leyes morales, especialmente en materia del sexto mandamiento, esta población queda bien parada a comparación de Madrid.

Con profunda ironía dice Alas: "Alvaro", que vestía en Madrid, y que en esa metrópoli practicaba grandes aventuras, "confesaba que era difícil encontrar - semejante rincón seguro" (para ver subrepticamente a su amante Ana de Ozores), "en un pueblo tan atrasado como Vetusta." (45) Hay que subrayar que las palabras

"tan atrasado" están en cursivas en la novela. Lo anterior se puede interpretar de dos maneras. La primera es que, para el libertino de Mesía, Vetusta estaba atrasada. La segunda, irónica, es que Clarín se alegra de este 'cursi' atraso.

La Regenta tiene muchos pasajes al respecto; transcribiremos algunas citas. "Al papá del maldiciente se le caía la baba, y guiñaba un ojo a un amigo. No cabía duda que los chicos sólo en Madrid se despabilan. Caro cuesta, pero al fin se tocan los resultados." (46) Se trataba de Joaquín Orgáz al que el padre decía: "muchacho, muchacho, que te resbalas -advirtió el padre del deslenguado, que estaba presente y admiraba la desfachatez de su hijo, adquirida positivamente en Madrid, y muy a su costa". (47)

Otro trozo importante es éste: "La musa de Glocest era la ironía. Aquel viernes memorable, Moruelo - se presentó en el púlpito, sonriente, como solía (ocho días antes se había desacreditado el Obispo), saludó al altar, saludó a la Audiencia y se dignó saludar al católico auditorio. Su mirada escudriñó los rincones de la iglesia para ver si, conforme le habían anuncia

do, algún librepensadorzuelo de Vetusta, de esos que estudian en Madrid y vuelven podridos, estaba oyéndole."

(48)

Visitación platica con Ana: "Es mucho Alvaro. ¿Pero ella? ¿Qué te parece de ella? A eso vamos; a lo escandalosas que son esas señoronas de Madrid." (49)

Pérez Galdós, en Dofia Perfecta, precisa este otro lado de la misma moneda: "Estos hambrientos de Madrid se gozan en engañar a los pobres provincianos, y como creen que aquí andamos con taparrabo..." (50)

Todo lo malo, pues, estaba y provenía de Madrid, - la ciudad corrupta.

En el Casino de Vetusta "donde las conversaciones se repetían todos los días; el objeto de la murmuración variaba poco". (51) Ronzal decía: "Pero hoy por hoy, en el actual momento histórico -el de Pernueces se crecía hablando de esto-, la moralidad de nuestras familias es el mejor escudo". (52)

No había duda, ni punto de comparación, entre Madrid y la tradicional y conservadora Vetusta. De ahí su nombre.

Por último, en Orbajosa la población de Dofia Per-

fecta, que cuenta con una población de 7 mil habitantes, el canónigo de la obra expresa: "Aquí no estamos en Madrid, señores; aquí no estamos en ese centro de corrupción, de escándalo..." (53)

Bien es cierto que Vetusta "transparenta un Oviedo de 40 mil habitantes", (54) y sin embargo la visión de Galdós en Doña Perfecta y la de Clarín en La Regenta, referente al tema que tocamos, pertenecen al mismo mundo ético de la provincia española decimonónica. Existen, evidentemente, analogías.

IV. MORAL GUBERNAMENTAL

Los partidos políticos en Vetusta estaban organizados en forma sui generis, como la que conocemos a través de los estudios sociológicos actuales de la España del XIX. la cita que a continuación reproducimos, despierta nuestra curiosidad por el hecho de que es la única mención, verdaderamente importante en La Regenta referente al tema que nos ocupa.

"El marqués de Vegallana era en Vetusta el jefe del partido más reaccionario entre los dinásticos; pero no tenía afición a la política y más servía de adorno que de otra cosa. Tenía siempre un favorito que era el jefe verdadero. El favorito actual era (¡Oh escándalo del juego natural de las instituciones y del turno pacífico!), ni más ni menos, don Alvaro Mesía, el jefe del partido liberal dinástico. El reaccionario creía resolver sus propios asuntos y en realidad obedecía a las inspiraciones de Mesía. Pero éste no abusaba de su poder secreto. Como un jugador de ajedrez que juega solo y lo mismo

se interesa por los blancos que por los negros, don Alvaro cuidaba de los negocios conservadores lo mismo que de los liberales. Eran panes prestados. Si mandaban los del marqués, don Alvaro repartía estanquillos, comisiones y licencias de caza, y a menudo algo más suculento, - como si fueran gobierno los suyos; pero cuando venían los liberales, el marqués de Vegallana seguía siendo árbitro en las elecciones. Así era el turno pacífico en Vetusta, a pesar de las apariencias de encarnizada discordia. Los soldados de fila, como se llamaban ellos, se apaleaban allá en las aldeas, y los jefes se entendían, eran uña y carne. Los más listos - algo sospechaban, pero no se protestaban, se procuraban sacar tajada doble, aprovechando el secreto." "Era cacique honorario; el cacique en funciones, su mano derecha, Mesía." "Aquí estaba el secreto de la política de Vegallana, conocido por pocos." (55)

El caciquismo era la forma que imperaba, tanto en Vetusta como en toda la España decimonónica. El caci-

que "ejerce funciones públicas e ilimitadas, sin autoridad legal para ello, por medio e instrumento de las autoridades legalmente constituidas, puestas a sus órdenes - por quien les dio el cargo que ejercen". En un informe de cuatro catedráticos de Oviedo que analizan esta estructura política constatan que: "El mal no está en la estructura del caciquismo, sino en el grado de 'podredum bre moral' que puede haber en los caciques".

Sí, efectivamente, había podredumbre en este caciquismo español; Lucas Mallada cita la frase "España es un presidio suelto". (56).

Entonces, cuando leemos la cita de Clarín respecto al gobierno de la política vetustense, surgen muchas - preguntas en el lector.

¿A qué partido pertenecía Clarín? Era "republicano, con conciencia política republicana (aunque incapaz de aceptar los renovados ofrecimientos de Castelar)". (57) Observemos que Clarín dibuja la política vetustense - como un mal necesario, algo que es así; inmodificable, y aunque está tratado a lo satírico, no tiene un tono tan censurable como otros aspectos de la vida vetustense. Los ofrecimientos de Castelar ¿no son un indicador

de rechazo? por parte de Clarín, bien sea por escepticismo o por desprecio o desinterés por este sistema - de juegos criptológicos en el que sólo los "iniciados" están dentro de él. "Es Clarín un apolítico que se burla simplemente del sistema? Yo pienso que por su temperamento (recordemos lo que dice Cabezas al respecto) - apasionado, Clarín no podía dejar de sentir, profundamente, este problema quemante español. Ante la imposibilidad de remediarlo, simplemente lo satiriza.

V. LA PRENSA

Se editaban en Vetusta dos periódicos: el conservador, que se llamaba El Lábaro, y el liberal El Alerta.

El Lábaro publicaba, por supuesto, los poemas del "poetastro" del pueblo, Trifón Cármenes. "La Regenta quiso distraerse, olvidar el ruido inexorable, y miró El Lábaro. Venía con orla de luto. Hablaba de la brevedad de la existencia y de los acendrados sentimientos católicos de la redacción." ¿Qué eran los placeres de este mundo? ¿Qué la gloria, la riqueza, el -- amor? "En opinión del articulista, nada; 'palabras, - palabras', como había dicho Shakespeare. Sólo la virtud era cosa sólida. En este mundo no había que buscar la felicidad, la tierra no era el centro de las almas, decididamente. Por todo lo cual lo más acertado era morirse; y así, el redactor, que había comenzado lamentando lo solos que se quedaban los muertos, concluía por envidiar su buena suerte. Ellos ya sabían lo que había más allá, ya habían resuelto el gran problema de Hamlet: to be or not to be. ¿Qué era el más allá? Misterio. De todos modos, el articulista deseaba a los difuntos el descanso y la gloria

eterna. Y firmaba: 'Trifón Cármenes'. Todas aquellas necedades ensartadas en lugares comunes; aquella retórica fiambre, sin pizca de sinceridad, aumentó la tristeza de La Regenta; esto era peor que las campanas, más mecánico, más fatal; era la fatalidad de la estupidez." (58) Y publicaba también el periódico otras noticias veladas que daban lugar al aumento de la difamación, como en el caso de Ana y Alvaro.

Por su parte El Alerta publicaba gacetillas, sin firmar, en las cuales se hacía propaganda subversiva en contra del Magistral. Todo ello, por supuesto, - sin decir nombres: "Si todos los elementos liberales, sin exageraciones, de nuestra culta capital no aúnan sus esfuerzos para combatir al poderoso tirano hierocrático que nos oprime, pronto seremos todos víctimas del fanatismo más torpe y descarado." (59)

"Ripamilán, con mal acuerdo, y sin que lo supiera el Magistral, se decidió a tomar la pluma y publicar en El Lábaro un articulejo, sin firma, defendiendo a su amigo." (60)

En los periódicos firmaban los poetas. Los detractores y defensores del Magistral escribían sus artí-

culos, sin mencionar el nombre de Fermín de Pas, ni el de ellos.

La prensa de Vetusta transparentaba una vida política, social y religiosa bastante débil. El anonimato refleja una falta total de valor civil, de los habitantes de Vetusta, la comunicación era solapada; las noticias eran, a su modo, calumniosas. La "retórica fiambre" o no fiambre, era la forma de expresión seleccionada por estos "periodistas".

Ya Mariano José de Larra, muchos años antes, cuando luchaba a brazo partido por la libertad de expresión en España, había escrito: "Las buenas son aquellas palabras que no dicen nada de por sí, como por ejemplo, prosperidad, ilustración, justicia, regeneración, siglo, luces, responsabilidad, progreso, reforma, etc., etc." (61) Claro que las energías disolventes y revolucionarias de Larra terminaron cuando éste murió.

VI. LA VIDA INTELECTUAL

Es extraño comprobar cómo Clarín, que era catedrático, no menciona en La Regenta el aspecto intelectual de Vetusta. Encontramos solamente algo breve pero desolador: "En su despacho (el Magistral) sólo recibía a los que quería deslumbrar por sabio; en Vetusta y toda su provincia la sabiduría no deslumbraba a casi nadie, y así la mayor parte de las visitas pasaban al salón inmediato." (62)

La sabiduría no era un valor que contara en Vetusta. Esto lo sabía Clarín por experiencia propia, y no tan sólo en la ciudad; sino que tampoco se tomaba en cuenta en toda la provincia.

VII. LA RELIGIÓN

Antes de saber cómo está tratado el aspecto religioso en La Regenta, es necesario precisar qué era Clarín. "¿Fue el anticlerical y antidogmático Clarín, como muchos piensan, un descreído, un impío, un ateo? Desde luego que no. Hombre de su época, Clarín sufrió en su propia carne, en su propio espíritu, la lucha desgarradora entre Razón y Fe, entre ciencia y religión." (63)

Y, precisamente, en el tiempo de esta "lucha desgarradora entre Razón y Fe," es cuando Clarín escribe La Regenta. Así, se tiene la impresión que la posición religiosa del autor en esta novela es diferente a la que guarda en los cuentos religiosos, escritos con posterioridad a La Regenta. Algunos ejemplos de estos - cuentos son: La noche-mala del diablo, la Rosa de Oro, Viaje redondo, Cambio de luz, etc. Esto, que podría no pasar de ser un detalle interesante, es marginal al tema. Sin embargo, se encuentra un Clarín profundamente cristiano tanto en sus novelas La Regenta y Su unico hijo, como en los cuentos. Lo que cambia es que mientras La Regenta está escrita con sentido satírico-crítico, la obra restante hace patente la reflexión ejemplarizante, tradicional en toda la literatura española.

Ahora bien, es necesario saber cómo vivía la religión, en términos generales, el español del siglo pasado.

Se lee en Los males de la patria:

"Con acre y burlón estilo, muchos escritores de diversas naciones y de distintas creencias nos han criticado que, a fuerza de recargar de misterios el dogma y de devociones el culto, siempre ha tenido el cristianismo en España el aspecto de una complicada idolatría, divulgándose entre las masas ignorantes un excesivo número de apariciones, milagros y prácticas piadosas, muy a propósito para arraigar la superstición y el fanatismo en un pueblo dotado de viva imaginación y de escasa, embotada inteligencia." (64)

Y continúa:

"Las mojigatas de todas las clases sociales, así las que dejan sus soberbios coches en las puertas de las humildes iglesias, como las tapadas con negro manto que se deslizan por calles y encrucijadas, con los ojos ba-

jos y el paso acelerado a la ida, de marcha lenta y vagas miradas a su regreso; todas - ellas gruñonas, todas ellas armadas de rosarios y libritos de oraciones, todas ellas - furiosamente rezadoras, todas ellas tormento de confesores y desesperación de sacristanes." (65)

Y permítaseme, transcribir otra cita, larga pero sustanciosa:

"No hay sentimiento más digno de respeto que el sentimiento religioso; y por lo mismo que la mujer española es el ser más rezador y devoto de toda la cristiandad, es fuerte congoja que de las máximas del Crucificado no saque, en la vida real, las magníficas consecuencias que lógicamente se deducen. Sin duda se preocupa demasiado de las exterioridades del culto, para lo poco que penetran en el fondo de su corazón las advertencias de humildad y caridad que a todas horas escucha. De aquí resulta que su educación moral y religiosa ofrece más graves defectos y más ra-

ros contrastes que su educación intelectual. Según la familia de que procede y según el medio ambiente que respira, o es arrastrada por un fervor exagerado hasta encerrarse en tre cuatro paredes, como loca y arrebatada por el amor a Dios, o se encastilla en la - beata gazmoñería de una piedad de pura con vención, discreta y admirablemente concilia da con las farsas de teatro que esparce por el hogar." (66)

Otros escritores de la época corroborarían, más o menos, estas impresiones respecto a la religiosidad - ibérica.

El primer párrafo de Mallada sitúa al pueblo espa ñol ignorante y necio, hundido dentro del fanatismo - y la superstición. La segunda y tercera anotación pre sentan a la mujer española que vive olvidando las máximas de Jesucristo, que cambia por "las exteriorida - des del culto". Finge ignorar "Las advertencias de hu mildad y caridad que a todas horas escucha. Por su - puesto, tiene una defectuosa educación moral y reli - giosa que trasciende en detrimento de su hogar.

Es decir, el pueblo español era eminentemente religioso, pero...con el mismo pero... que Clarín encontraba en Vetusta.

Leopoldo Alas dice: "No en balde se afirmaba que Vetusta se distinguía por su acendrado patriotismo, su religiosidad y su afición a los juegos prohibidos." (67)

Sí, efectivamente, se distinguía por "La religiosidad, aunque en la forma lamentable de la superstición". (68)

La religiosidad de las clases altas era, con ligeras variantes, la de la marquesa de Vegallana: "Muy devota, pero muy liberal porque lo uno no quitaba lo otro. Su devoción consistía en presidir muchas cofradías, pedir limosna con gran descaro a la puerta de la iglesia, azotando la bandeja con una moneda de cinco duros, regalar platos de dulces a los canónigos, convidarlos a comer, mandar capones al Obispo y fruta a las monjas para que hicieran conservas. (69)

Pérez Galdos, escritor por el que Clarín tenía gran estimación, señala en Doña Perfecta: "La pobre madre (la perversa Doña Perfecta) halla consuelo a su dolor en la religión y en los ejercicios del culto,

que practica cada vez con más ejemplaridad y edificación. Pasa casi todo el día en la iglesia, y gasta su gran fortuna en espléndidas funciones, en novenas y manifiestos brillantísimos. Gracias a ella, el culto ha recobrado en Orbajosa el esplendor de otros días. Esto no deja de ser un alivio en medio de la decadencia y acabamiento de nuestra nacionalidad..." (70)

Las de Ozores tenían actividades religiosas parecidas a las de la marquesa de Vegallana: "La visita al Santísimo y la Vela, que les tocaban una vez por semana. Asistían a todas las novenas, a todos los sermones, a todas las cofradías." (71)

Carraspique profesaba su religión sinceramente. "Lo dominaba por completo su mujer, fanática ardentísima." (72)

Miembro de la "alta burguesía", el indiano Páez había pasado veinticinco años en Cuba sin oír misa, "Pero, poco a poco, entre su hija y el Magistral lo fueron convenciendo de que la religión era un freno para el socialismo y una señal inefable de buen tono". (73)

En La Regenta se encuentra solamente una cita

respecto al estudiantado; a pesar de que Clarín tuvo mucho contacto con él por su labor magisterial. "Los jóvenes laicos de la ciudad, estudiantes los más, no se distinguían ni por su excesiva devoción ni por su impiedad prematura"; "pero casi todos iban a misa a ver a las muchachas." (74)

En fin, que "En cuanto al elemento devoto de Vetustense -frase del Lábaro-, se metía en novenas así que el tiempo se metía en agua." (75)

La moral cristiana vetustense exigía un Dios-juez poderosísimo que tomara venganza contra los pecadores; Así se podían disfrazar muchos sentimientos. "Toda la nobleza vetustense apreciaba la conducta de aquellas señoritas que veían un castigo de Dios en el desgraciado puerperio de la modista italiana" (la madre de Ana). (76)

Convenía a los vetustenses un Dios que tomara por ley la del Talión.

Tanto Alvaro Mesía, como el Magistral, pensaban en una religión utilitaria: "La piedad sólo le acu--día (a Mesía) en las enfermedades graves, en la soleda de su lecho de solterón." (77) Para el Magistral

"La salvación era un negocio, el gran negocio de la vida". "El interés y la caridad son una misma cosa. Ser bueno es entenderla." "Los muchos indios que oían al Magistral sonreían de placer ante aquellas fórmulas de la salvación." (78)

Vetusta entera acudía a oír los sermones del Magistral, a quien consideraba un artista de la palabra; - trataban sobre la "impiedad moderna", "o los vicios y virtudes y sus consecuencias." (79)

No pasaba lo mismo con el obispo Camoirán, el que "Habla de repente; llamas de amor místico subían de su corazón a su cerebro, y el púlpito se convertía en un pebetero de poesía religiosa cuyos perfumes inundaban el templo, penetraban en las almas." Los sermones del obispo hacían que los vetustenses se sintieran en verdad hermanos; pero después... "el público empezó a cansarse," (80) un público formado por "beatas, plebeyos y aldeanos". (81)

El obispo Fortunato es el paradigma del hombre - verdaderamente religioso. Temblaba en el púlpito cuando predicaba por el solo hecho de pensar en el horror del deicidio cometido por el hombre. Camoirán sí entendía la esencia del cristianismo, amaba a Dios, por

encima de todas las cosas, y a los pobres.

Al amor divino Clarín lo sitúa por encima del amor humano.

"Por encima de la tierra amor busco con ardor".

Y no en la mujer:

"¿De qué me sirve un amor que en frágil vaso se encierra?"

"Al amor divino lo eleva por encima de todo lo terrenal." (82)

Los versos citados nos dan la clave del pensamiento clariniano. Dos frases, entresacadas de La Regenta, pueden ser muy reveladoras: "en cuanto sacerdote (Fermín de Pas) de una religión de paz y de perdón, tenía que aconsejar y procurar, en cuanto pudiese, la suavidad, los procedimientos que la moral recomienda para tales casos." (83) Y ésta: "Nunca le habían enseñado (a Ana) la religión como un sentimiento que consuela" (84) palabras que dice el narrador o sea Clarín.

Vistas las cosas así, los aspectos vitales de la religión para Clarín son: El amor a Dios y al prójimo, que eran las prendas morales del obispo. El sentimiento que consuela y que Ana ignora porque nadie se

lo ha enseñado. La paz, el perdón y la suavidad como procedimientos de la moral cristiana; pero todo esto incumplido o desconocido por los vetustenses. Los habitantes de Vetusta transgredían no sólo "el sexto", sino también otros mandamientos.

"Clarín acumula el horror que le inspiraba el cristianismo vetustense" (85) en la frialdad de "el rostro anémico de aquel Jesús del altar, siempre triste y pálido, que tenía concentrada la vida de estatua en los ojos de cristal" (86) y en la ausencia desdeñosa de la Virgen que, en la procesión que Ana encabeza, "no miraba a los vetustenses." (87)

En el prólogo de sus "Cuentos morales" dice Clarín "cómo entiendo y siento yo a Dios, es muy largo y algo difícil de explicar. Cuando llegue a la verdadera vejez, si llego, acaso, dejándome ya de cuentos, hablaré directamente de mis pensamientos acerca de lo divino."

VIII. C L E R O

Julio Caro Baroja señala que es difícil tener una idea cabal del auge que tuvo en España la literatura anticlerical. Este dato no se puede dejar a la casualidad. Es probable que haya existido una concientización en el pueblo español y que, de repente, todo lo sucio haya salido a la luz. Por otra parte, se daba un fenómeno extraño:

"cuando se llega a 1860, de los 203 mil religiosos existentes en 1803, la cifra se = ha reducido a 62 mil. Pero no obstante ello, mediada la centuria y rebasadas las dificultades, la Iglesia había recobrado de nuevo su prepotencia económica y su ascendiente social, no sólo por su vinculación a las clases oligárquicas y su alianza con el partido moderado, sino también por esta extraña mezcla de fervor y anticlericalismo existente en las clases medias y bajas españolas." (88)

Lo que sí era un hecho, se patentizara o no, "era la escasez de sacerdotes instruidos". (89) Juan Valera, en Pepita Jiménez, se pregunta si hay vocación -

verdadera en los curas que se consagran a Dios y a cuidar de las almas, o es simplemente un modus vivendi - por lo cual los que aspiran al sacerdocio resultan ser sólo menesterosos.

Lo lamentable era la coacción que tales sacerdotes ejercían sobre los fieles; Pérez Galdós habla del canónigo de Doña Perfecta, que tiene "algún ascendiente" sobre Rosario, así es que "en cuanto yo le diga dos palabras..." (90)

Lo que Clarín pensaba acerca del clero no podía ser peor: "En cuanto a curas y sacristanes, no era posible cerrar los ojos a la evidencia, y mi volterianismo, acerca de este particular, crecía de día en día." (91)

El poder omnímodo del clero se manifestaba plásticamente en esas sombrías catedrales que se levantaban amenazadoras, ya en Orbajosa "torciendo luego a la derecha, en dirección a la catedral, cuya corpulenta fábrica dominaba todo el pueblo," (92) ya en Vetusta: "la catedral era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza", y en las noches de luna era "fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca que dormía a sus pies." (93)

No podía ser más expresiva esta cita para apoyar nuestra afirmación de este poderío sin límites de la iglesia española.

Tampoco es fortuito el hecho de que en Misericordia, el autor empiece describiendo, prosopopéyicamente, la parroquia. "Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián...", "con la una mira a los barrios bajos enfilándolos por la calle de Cañizares, con la otra al señorío mercantil de la Plaza del Angel." (94)

El caciquismo espiritual y material del clero se visualizaba en estas construcciones "macizas y sombrías". En las primeras páginas de La Regenta se describe la catedral; luego transcurren los acontecimientos que imagina Clarín, y la narración termina en el mismo recinto. Todo sucede dentro de este férreo marco. En este como claustro maternal están los vetustenses encerrados. Así que "La iglesia ante todo". (95)

Los campaneros, "los de la tralla", están en las torres cumpliendo con sus obligaciones, y su conversación está ligada con asuntos religiosos; Dicen:

-Pues, chico, no sabes lo que te pescas, por que decía el beneficiario que en la iglesia -

hay que ser humilde, como si dijéramos, re
bajarse con la gente, vamos, achantarse, y
aguantar una bofetá si a mano viene; y si
no, ahí está el Papa, que es..., no sé có
mo dijo..., así, una cosa como... el criaos
de toos los criaos"

"Eso será de boquirris -replicó Bismarck.

"¡Mía tú el Papa que manda más que el rey!" (96)

Cuando pensamos en la iglesia, la organización se
nos antoja piramidal y, en el vértice del triángulo,
el Vicario de Cristo. En la base se encuentran los
seminaristas. ¿Cómo concibe Clarín a estos estudian-
tes de la religión? Los describe en una procesión en
forma por demás cruda:

"No parecían seres vivos aquellos seminaris
tas cubiertos de blanco y negro, pálidos
unos, con cercos morados en los ojos, -
otros morenos, casi negros, de pelo de
matorral, casi todos cejijuntos, preo-
cupados con la idea fija del aburrimien-
to, máquinas de hacer religión, reclutas
de una leva forzosa del hambre y la holga
zanería." (97)

Este aburrimiento de Vetusta, estos bostezos de los seminaristas, se perpetúan en los canónigos que alababan al Señor "entre bostezo y bostezo". El tedio nacía de la mecanización de los actos cultuales. El rito era desabrido, se repetía ya sin ningún encanto. A fuerza de decir elegías y alabanzas al Señor, creadas por otros, carecían éstas del sentimiento místico que tenían los improvisados sermones del obispo.

Más adelante se lee un párrafo que dice: "El ánimo de aquellos honrados sacerdotes estaba gastado por el roce continuo de los cánticos canónicos". (98) Esta descripción tan suave de los curas se despega de lo que dice de los seminaristas, que le parecían seres fantasmales, que no vivían, aburridas máquinas de hacer religión, hambrientos y holgazanes. De todo lo anterior sólo persiste el aburrimiento. Aquellos jóvenes que todavía no profesaban se habían transformado en "honrados sacerdotes".

Los miembros de la iglesia, desde que se acogían a esta Institución, debían aprender a cubrirse con una máscara que transparentara humildad y dulzura franciscanas, aunque estuvieran muy lejos de tenerlas. No importaba si la jerarquía era muy baja.

Era, por decirlo así, indispensable el rito de iniciación: "El continente altivo del monaguillo se había - convertido en humilde actitud. Su rostro se había re- vestido, de repente, de la expresión oficial." (99)

o alta, como en el caso del Magistral:

"Si los pilletes hubieran osado mirar cara a cara a don Fermín, le hubieran visto, al asomar en el campanario, serio, cejijunto; y al notar la presencia de los campaneros, levemente turbado, y en seguida sonriente, con una suavidad resbaladiza en la mirada y una bondad estereotipada en los labios."

(100) "Hubo una carcajada general. Sólo el Provisor se contentó con sonreír, inclinarse y poner cara de santo que sufre por amor de Dios el escándalo de los oídos." (101)

Era necesario usar la careta que igualaba "A los del oficio" hasta que formara una segunda naturaleza. De esta manera se ocultarían, fácilmente, los verdaderos estados de ánimo. Y no sólo los rostros se debían uniformar, sino también las actitudes y el arreglo personal para cubrir la fachada. Clarín escribe con gracia las peripecias de don Saturno Ber

múdez, que "no era clérigo sino anfibio" (102) y tenía muy a su pesar "lo de parecer clérigo". Don Saturnino "se encargaba unas levitas de tricot, como las de un lechugino, pero el sastre veía con asombro que vestir la prenda don Saturno y quedar convertida en sotana - era todo uno." (103)

Don Fermín de Pas era el cacique de vetusta. Magistral desde los treinta años, poco a poco había llegado a ejercer el dominio total de la ciudad. "El era el amo. Tenía al Obispo en una garra, prisionero voluntario que ni se daba cuenta de sus prisiones." (104)

El Magistral pensaba que, mientras los que habitaban el barrio de La Encimada poseían aquellos palacios y fortunas porque las habían heredado, él se había apropiado de Vetusta conquistándola. (105)

El Obispo de Vetusta, siervo de don Fermín, se llamaba Fortunato Camoirán, "era un santo alegre que no podía ver una irreverencia donde se podía admirar y amar una obra de Dios". (106)

Algunos clérigos, entre ellos el maquiavélico Arcediano, opinaban que le faltaba categoría al obispo, que no estaba a la altura de su cargo. Este santo va-

rón, al que muchos tachaban de débil, había llegado a obispo porque "En una época de nombramientos, de intriga, de complacencias palaciegas, para aplacar las quejas de la opinión se buscó un santo a quien dar una mitra y se encontró al canónigo Camoirán." (107) Este hombre excepcional, que había llegado a obispo casi - por casualidad, había dejado el gobierno de la Diócesis a cargo del Magistral. Algunos estaban de acuerdo con esto; pero para otros era una gran desgracia que aquello hubiera pasado. Doña Paula, la madre de don Fermín y el Magistral tenían al obispo en un puño. - También en un puño tenía el Provisor a Vetusta; Pero esto no obstaba para que experimentara un profundo - asco por todos los vetustenses. Se decía a sí mismo: "¿A quién dominaba él? "A escarabajos! (108)

Otro paniaguado del Provisor era don Cayetano - Ripamilán, canónigo que tenía la dignidad de Arcipreste. Esto "le valía el honor de sentarse en el - coro a la derecha del obispo". (109) Lo importante era que "ni un solo vetustense, ni aun contando a los librepensadores, que comían carne el Viernes - Santo, ni uno solo se hubiera atrevido a dudar de

la castidad casi secular de don Cayetano." (110)

Don Cayetano no se mordía, como dice Clarín, "la - sin hueso" y hacía alardes de "erotismo retórico". Don Fermín sufría las impertinencias del deslenguado Ripamilán porque le estimaba "porque conocía sus costumbres intachables y su corazón de oro". (111)

El Arcipreste daba a entender, mencionando un verso del poeta latino Marcial, "que él tenía los verdores en la lengua, y otros no menos canónigos que él, en otra parte". "No era liberal, ni carlista. Era un sacerdote". (112)

Este era, a grandes rasgos, el Arcipreste Cayetano Ripamilán, amigo y defensor incondicional del Magistral.

En cambio, contaba el Magistral con dos acérrimos enemigos: uno de ellos era don Custodio, el beneficiado. "Creía, o por lo menos propalaba todas las injurias con que se quería derribar al Provisor, y le envidiaba por lo que pudiera haber de cierto en el fondo de tanta calumnia. De Pas le despreciaba, la envidia de aquel pobre clérigo le servía para - ver, como en un espejo, los propios méritos." (113)

El otro era el Arcediano don Restituto Moruelo: "En el cabildo nadie le llamaba Moruelo, ni Arcediano, sino Gloucester." (114) Sus "cualidades" eran "la sagacidad, la astucia, el disimulo, la malicia discreta y hasta el maquiavelismo canónico que era lo que más le importaba". (115)

El Magistral don Fermín de Pas se movía entre enemigos y esclavos pero todos le eran serviles.

"El Magistral era gran madrugador. Su vida - llena de ocupaciones de muy distinto género no le dejaba libre para el estudio más que las horas primeras del día y las más altas de la noche. Dormía muy poco. Su doble mi sión de hombre de gobierno de la Diócesis y sabio de la catedral le imponía un trabajo abrumador; además era un clérigo de mundo; recibía y devolvía muchas visitas, y este cuidado, uno de los más fastidiosos, pero de los más importantes, le robaba mucho tiempo. Por la mañana estudiaba filosofía y teología, leía las revistas científicas de los jesuitas y escri-

bía sus sermones y otros trabajos literarios." (116)

Pocos vetustenses conocían la casa del Provisor, de extremada sencillez, y muchos defendían la honradez del Provisor recordando "la modestia de su ajuar y de su vida doméstica." (117)

Dofia Paula y el Provisor guardaban la fachada de elegante pobreza. "No se puede negar que viven como miserables", comentaba Foja, "el ex alcalde usurero", - "pero lo mismo hace el señor Carraspique, y éste es millonario." (118) "se ha hecho millonario en cinco o seis años que lleva de Provisor; la curia del Palacio no es una curia eclesiástica, sino una sucursal de los Montes de Toledo. Y del confesionario nada quiero decir; y de la Junta de las Paulinas tampoco, y de las niñas del Catecismo... Chitón, porque más vale no hablar."

Así, la ciudad de Vetusta necesitaba una víctima propiciatoria para calmar su aburrimiento. Solamente la calumnia y la maledicencia la tenían entretenida y contenta. De esta manera algunos vetustenses murmuraban que la ambición y la avaricia del Magistral -

eran sus pecados capitales. El presidente del Casino tenía por cierto que "El verdadero pecado del Provisor era la simonía". (119) Éste era el de don Fermín; pero don Custodio y Gloucester tenían el de la difamación y la envidia.

Las transgresiones, en materia de sexo, eran entre el clero el pan nuestro de cada día. Por encima del Derecho Canónico y de la moral vetustense - existía el instinto sexual, que no podía ser negado ni excluido. Estos pecados, por ser tan frecuentes, se juzgaban con manga ancha. En un momento - de la narración, Clarín plantea el problema de un cura rural acusado de faltar al voto de castidad: "Señor mío (dice el Magistral), estoy enterado de todo y tengo el disgusto de decirle que su asunto tiene muy mal arreglo. El concilio tridentino - considera el delito que usted ha cometido como semejante a la herejía. No sé si usted sabrá que la Constitución Universiti Domini de 1622, dada por la santidad de

Gregorio XV, le llama a usted y a otro como usted execrables traidores, y la pena que - señala al crimen de solicitar ad turpia a - las penitentes es severísima, y manda además que sea usted degradado y entregado al brazo secular."

"El párroco abrió los ojos mucho y miró espantado al notario, que a espaldas de don - Fermín le guiñó el ojo."

"Benedicto XIV -continuó el Magistral- confirmó respecto de los solicitantes las penas impuestas por Sexto V y Gregorio XV... y, en fin, por dondequiera que se mire el asunto está usted perdido..."

"-Yo creía..."

"-¡Creía usted mal, señor mío! Y si usted du da de mi palabra, ahí tiene usted en ese estante a Giraldi: Expositio juris pontificit, que en el tomo 11, parte 1a., trata la ques tión con gran copia de datos.

"El señor Peláez estaba acostumbrado al esti lo del provisor, que nunca era más erudito -

que al echar la zarpa sobre una víctima.

"-Señor"-se atrevió a decir Contracayas, algo amostazado y perdiendo mucha parte del - miedo-, con la palabra de V.S. tengo ya bastante, y no es de los sagrados cánones de - lo que me quejo, sino de mi mala suerte; que me hizo resbalar y caer donde otros muchos, muchísimos que conozco, resbalan, pero no - caen.

"-¡Salga usted de aquí, señor insolente, y no duerma usted en Vetusta!—gritó.

"El clérigo quiso humillarse, pedir perdón..

"-Salga usted inmediatamente.

"Salió.

"Peláez, temblando y lívido, se atrevió a decir:

"-¡Cuánto siento!.... Señor Magistral...

"-No sienta usted nada. Han venido ustedes - en mal día.

"Estoy nervioso. Quise asustarle, imponerle respeto por el terror, y no conté con mi - mal humor; me he exaltado de veras, me he

dejado llevar por la ira.

"¡-oh, no eso no! Él sí que es un animal, un salvaje...

"-Sí, es un salvaje..., pero por lo mismo debía tratarle de otro modo.

"-Lo que yo no perdono es él disgusto...

"-Deje usted, deje usted; hablaremos de ese bribón otro día. Hoy no puedo; hoy me sería imposible prometer a usted suavizar los rigores de la ley, que está terminante.

"-Sí, ya sé..., pero, como nunca se aplica..

"-Porque no hay pruebas... como ahora. Y alguna vez se ha de empezar. En fin, ya digo que hablaremos... Necesito estar solo."

El anticlericalismo de Clarín provenía del conocimiento exhaustivo del derecho canónico (la cita de La Regenta que acabamos de transcribir lo confirma) además de la comprobación en su incumplimiento. Pudo tener Alas, gracias a su contacto con el clero, una observación directa e indiscreta. Es cierto que Clarín estaba consciente de esta deformación de la clerecía; pero no por eso dejaba de comprender que había casos

rarísimos y excepcionales como el del obispo y Ripamilán. En "Las dos cajas", Leopoldo Alas habla de un "sacerdote de esos que tiemblan con la hostia en la mano, puesta toda el alma en el misterio ". (120)

Dofia Paula, la madre del Provisor, le conseguía a su hijo criadas (como Teresina y Petra) que discretamente cumplían "otro" cometido. Estos "servicios" eran remunerados espléndidamente por doña Paula. Las criadas adquirían señorío y dinero. Las casaban con mozos pobres a quienes hacía socios en sus negocios deshonestos. Este tipo de prostitución no envilecía a las criadas; sino que, por el contrario, las cambiaba de clase social.

La conducta de los curas la conocía toda Vetusta. Pero cada clase social tenía su versión sobre este asunto y, también, su reacción frente a él.

"Entre el pueblo bajo corría la historia de las aras, de la ruina de don Santos, de los millones del Magistral depositados en el Banco; con tal motivo algunos obreros de la Fábrica vieja hablaban de ahorcar al clero en masa. A esto lo llamaban cortar por lo sano." (121)

En el Casino, en cambio:

"-Y hay que distinguir entre la religión y sus ministros. Ellos son hombres como nosotros..."

Y Don Pompeyo, el ateo, hace hincapié en lo siguiente:

"-Señores no confundamos las cosas, el mal está en la raíz... El clero no es malo ni bueno; es como tiene que ser." (122)

IX. PERSONAJES FEMENINOS SECUNDARIOS

En una sociedad cerrada como eran todas las de España y, por consiguiente la de Vetusta, no sucedía que las personas ascendieran en la escala social. La inamovilidad de las clases era una de las características persistentes de estas comunidades. Las gentes vivían y morían - conservando su statu quo. No niego que no se diera algún caso en el que operara este tipo de cambios; pero éstos eran rarísimos. De esta manera, los personajes femeninos de la clase baja que emergen de La Regenta - no son representativos de esta clase; muestran casos aislados. A estas mujeres pobres las mueve, en la novela, una ambición desmedida.

Doña Camila, aya de Ana, había sido contratada - por Carlos de Ozores para cuidar a su hija huérfana. Las referencias que conocía Carlos respecto a Camila no podían ser mejores: "mujer ilustrada, aunque española, educada en Inglaterra, donde ha aprendido el - noble espíritu de la tolerancia". (123) La realidad era otra: "Y además curaba el entendimiento y el corazón a los niños con píldoras de la Biblia y pastillas de novela inglesa para uso de las familias. Era,



en fin, una hipocritona de las que saben que a los hombres no les gustan las mujeres beatas, pero tampoco descreídas, sino así un término medio, que los hombres mismos no saben cómo ha de ser. La hipocresía de doña Camila llegaba hasta el punto de tenerla en el temperamento, pues siendo su aspecto el de una estatua anafrodita, el de un ser sin sexo, su pasión principal era la lujuria, satisfecha a la inglesa; una lujuria que pudiera llamarse metodista si no fuera una profanación."

FILOSOFIA
LETRAS

(124)

Además, como "había procurado seducir a don Carlos sin conseguirlo, "juró odio eterno al ingrato". Y, - así "Anita pagó por los dos. Iriarte era el amante de doña Camila; pero el salto que ella deseaba dar, para acceder a otro estrato social, era el frustrado casamiento con don Carlos. El ejemplo de Camila habla, elo cuentemente, de este querer pasar a ser otra cosa de lo que se es. Este medio que buscaba doña Camila, y - que era legítimo, no funcionó. En cambio, otros bastante indebidos serán los que sí sirvan a doña Paula, madre del Provisor, Teresina y Petra criadas la primera de Ana de Ozores y la segunda del Magistral.



FILOSOFIA
LETRAS

La historia de doña Paula era triste y sórdida; su ambición le había nacido de una niñez y juventud de extrema miseria. "La codicia la hizo mujer antes de tiempo." (125)

Había transgredido todos los cánones morales con tal de llegar a tener oro; el chantaje, el robo, la traición y la prostitución, practicada solamente en casos necesarios. Había pasado por todo para satisfacer su amor al dinero.

Doña Paula había observado en sus años mozos que "El cura no trabajaba y era más rico que su padre y los demás cavadores de las minas. Si ella fuera hombre no pararía hasta hacerse cura." (126) De ahí había nacido su deseo ardentísimo de que su hijo llegara a ser sacerdote. El pensamiento de doña Paula era: "Todo por su hijo, por ganar para pagarle la carrera; le quería teólogo, nada de misa y olla". "Le quería - canónigo, obispo, y quien sabe cuántas cosas más". (127)

Doña Paula "quería a su hijo mucho y a su manera, desde lejos: Era el suyo un cariño opresor, un tirano. Fermín, además de su hijo, era una fábrica de hacer dinero."

(128)

Es muy importante la figura de doña Paula en La Regenta, pues ella explica, en gran parte, al Magistral. La ambición y la avaricia del Provisor no eran de él; en realidad eran de la madre. Este renglón vergonzoso de don Fermín se disculpa algo por la presencia de la madre, doña Paula. Hay una relación, trazada a lo naturalista, que redime, si bien no completamente, al Magistral. Estas vidas están regidas por causa y efecto.

Teresina era la criada de los De Pas y la "barragana" de don Fermín. Más tarde la casarían con un aldeano pobre y los dos trabajarían para enriquecer la hacienda de Doña Paula que, de exigua, no tenía nada. Las relaciones con el Provisor la sacarían de criada, y Petra, la doncella de Ana de Ozores, llegaría a ocupar el lugar de Teresina por métodos, como se verá, aún peores. Petra es clave para la realización de la problemática de la novela.

Cuando Petra entrega una carta al Magistral, de parte de su ama, Clarín hace esta observación acerca de la doncella: "Era (Petra) de las infelices que -- creen los absurdos que la calumnia propala para des- crédito de los sacerdotes." (129) Esta ingenua des-

cripción de Petra cae por tierra cuando, varios capítulos después, se presenta Petra como, "además de un poco trotaconventos", (130) una mujer sin escrúpulos de ninguna especie:

"No era Petra enemiga del vil metal, ni la ambición de mejorar de suerte y hasta de esfera, como ella sabía decir, era floja pasión en su alma, concupiscente de arriba a abajo; pero en Mesía no buscaba -- ella esto; le quería por buen mozo, por burlarse a su modo del ama, a quien aborrecía por hipócrita, por guapetona y -- por orgullosa; le quería por vanidad, y en cuanto a servirle en lo que él deseaba, también a ella le convenía por satisfacer su pasión favorita, después de la lujuria acaso por satisfacer su venganza, Vengábase protegiendo ahora los amores de Mesía y Ana del 'idiota de don Victor', que se ponía a comprometer a -- las muchachas sin saber de la misa la me dia; vengábase de la misma Regenta, que

caía, caía, gracias a ella, en un agujero sin fondo, que estaba la hipocritona en poder de la criada, la cual el día que le conviniese - podía descubrirlo todo. Tenía entre sus uñas a la señora. ¿Qué más quería ella? Todas las noches pasaba unas cuantas horas la honra y tal vez la vida del amo pendientes de un hilo que tenía ella, Petra, en la mano, y si ella quería, si a ella se le antojaba, ¡zas! todo se aplastaba, de repente..., ardía el mundo. Y como si esto en vez de un placer, en vez de una gloria fuese para Petra una - carga, un trabajo, el mejor mozo de Vetusta le pagaba el servicio con amores de señorito, que eran los que ella había saboreado siempre con más delicia, por un instinto de señorío que siempre la había dominado. Pero, además gozaba otra venganza más suculenta - que todas éstas la endiablada moza. ¿Y el - magistral? El Magistral la había querido en gañar, la había hecho suya; ella se había entregado creyendo pasar en seguida a la pla

za que más envidiaba en Vetusta, la de Teresina. Petra sabía lo bien que colocaba doña Paula a todas las que eran por algún tiempo doncellas en su casa. Teresina, a quien esperaba para muy pronto una colocación de señorona - allá en cierta administración de bienes del amo, casada con un buen mozo, Teresina le había enterado de lo que ella no había podido observar y adivinar, le había abierto los ojos y llenado la boca de agua. (131)

Y la ocasión era

"romper aquel hilo que ella tenía en la mano y del que estaban colgadas la honra y la tranquilidad, tal vez la vida de varias personas. Al pensar esto Petra se encogió de hombros"
 "¿Y qué iba a hacer? Una traición, eso desde luego, pero ¿cómo?" (132)

Petra está perfectamente consciente de que lo que ella va a hacer es "una traición", de tal magnitud - que de ella dependerá que varias personas "de la clase", que la han humillado, caigan a sus pies, los pies de una criada. Es la venganza que pocas veces se

puede efectuar: la de la clase baja hacia la alta. Ade más de todo lo anterior, Petra va a dar el primer paso para adquirir "señorío".

Las de Ozores tenían una moral más que endeble, es to se menciona en páginas anteriores, eran artífices - en el arte de mediopecar, de la mediovirginidad, del - ten con ten y de la simulación y de la hipocresía. Co- mo ellas, eran todas las beatas que rezaban todo el - día en Vetusta.

Obdulia y Visitación eran clase media, juzgándo- las con un criterio económico, pero como estaban empa- rentadas con la nobleza, tenían cabida en las tertu- lias de los aristócratas vetustenses.

Obdulia tenía resuelto su problema económico, por una pequeña renta que recibía por su viudez. Y, tam- bién, se ayudaba para vestirse, haciéndola de celesti- na con su prima, una ricachona que vivía en Madrid. "No creía en el sexto." Y "negaba a cada uno de sus - amantes todas sus relaciones anteriores, menos la de Mesía. Eran su orgullo, aquel hombre la había fascina- do." (133) Envidiaba a Ana y le encantaba la idea del adulterio de la Regenta con Mesía.

La "urraca" de Visitación, sobrenombre puesto por doña Paula, era ladrona y gorrón; de ahí su mote. Ha bía hecho una labor de celestinaje, en el caso Alvaro-Ana, digna de ser comparada con la protagonista del li bro de Rojas. "Visitación sentía una vergüenza retrospectiva; recordaba el tiempo que había tardado en ceder (con Alvaro), lo comparaba con la resistencia de Ana y... se le encendían las mejillas de cólera, de envidia, de pudor malo, falso; algo le decía en la conciencia que el oficio que había tomado era miserable.. pero buena estaba ella para oír consejos de comedia moral..."(134)

La pobreza la orillaba a cometer sus raterías. Pero ¿al celestinaje qué la empujaba? La envidia a Ana de Ozores. El deseo morboso de verla rodar, desde la to rre en la cual la tenía toda Vetusta.

Respecto a la marquesa de Vegallana (como ya se vio en páginas anteriores), se daba el lujo de ignorar la moral vetustense anacrónica y necia. Sea como fuere, ella era respetada y aceptada en Vetusta.

El estudio de estos personajes femeninos lleva a pensar en lo que dice Clarín cuando le escribe a su

amigo José Quevedo: "Y todas, todas son así. Federico Pumaríño las califica de un modo bien gráfico: ¡Son - todas muy putas!" (135) Ese era el común denominador. Pero además de putas eran: trotaconventos, ladronas, ambiciosas, envidiosas, mentirosas, traidoras, calumniadoras, correveidiles.. etc., según el personaje del que se trate.

Es prudente observar que las mujeres descritas por Clarín, y que pertenecen a las clases bajas, toman con ciencia de sus transgresiones a la moral vigente en Vetusta. Doña Camila actúa sigilosamente. Don Carlos debe desconocer la existencia del amante, y su mal - comportamiento con Ana, su hija. Doña Paula no quiere que su hijo presencie las escenas de la taberna que - ella regentea tramposamente. También le oculta su comercio carnal. Petra "se encogió de hombros", como ex presando que su plan tiene que llevarse a cabo sin ni gún escrúpulo moral. A pesar de que sabe que va a cometer una nefanda traición .

Sólo la marquesa actúa con todo desplante. El hecho de pertenecer a una clase social privilegiada y su enorme fortuna, le permiten "olvidar" el cumplimiento de cánones morales y religiosos.

X. DOS PERSONAJES MASCULINOS SECUNDARIOS: DON SANTOS BARINAGA Y DON POMPEYO GUIMARAN.

Don Pompeyo Guimarán, el único ateo de Vetusta, había dejado de ser miembro del Casino de Vetusta; no porque les importara a los socios que fuera ateo; pero la verdad era que ya "les iba aburriendo con sus teologías".

(136) No podía seguir ya predicando su ateísmo. Este don Pompeyo no creía en Dios, era cierto, pero creía en la Justicia. No leía, pero meditaba mucho. Cuando lo hartaban decía: "-¡Mi razón me dice que no hay Dios!"

(137) Fríjilis opinaba que don Pompeyo era una buena persona, pero que no sabía nada de nada.

Cuando Guimarán dejó de asistir al Casino, usó su tiempo en perderlo en un restorán y café de la Paz, lugar en donde trabó amistad íntima con Santos Barinaga.

"Don Santos había sido siempre un buen católico; es más, de la Iglesia vivía, pues su comercio era de objetos de culto. Pero desde que el monopolio mal disfrazado de competencia de La Cruz Roja había empezado a labrar su ruina, iba sintiendo cada día más vacilante el alcázar de su fe..., y más vacilantes las piernas. Empezaba, como otros muchos, -

por negar la virtud del sacerdocio, y además -esto no se sabe que lo hayan hecho otros heresiarcas- coincidía en él aquel desprecio de los ordenados in sacris con la afición - desmesurada al alcohol en sus varias manifestaciones." (138)

Santos Barinaga odiaba al Provisor, culpable según él de su bancarrota. Para Guimarán, Santos Barinaga no había llegado a profesar el ateísmo porque "éste era un grado de perfección filosófica que tal vez le venía muy ancho al antiguo comerciante de cálices y patenas." (139) En el café de la Paz tenía don Santos ya suficiente público para poder despotricar a sus anchas en contra del Provisor. Don Santos bebía todos los días en exceso; su fé disminuía cada día más y más, en razón opuesta con las dosis de alcohol que ingería.

Todos los días, alrededor de las diez de la noche, don Pompeyo acompañaba a don Santos, quien caminaba haciendo eses y maldiciendo al Magistral, - hasta su pobre casa. Clarín encuentra que Guimarán tenía "la impiedad fría del filósofo, y Barinaga los

rencores del sectario, la ira del apóstata". (140)

En un momento dado, corre por toda Vetusta la noticia de que don Santos Barinaga está agonizando. Se decía que moría, pero no por el alcohol sino de inanición puesto que su hija Celestina, una beata, le había dejado morir de hambre. Entre la mala hija y Carraspique - trataban de presionar a don Santos para que confesase, pero éste se niega:

"Todo es inútil..., la Iglesia me ha arruinado..., no quiero nada con la Iglesia..., Creo en Dios..., creo en Jesucristo..., que era..., un gran hombre..., pero no quiero confesarme, señor Carraspique, y siento... darle a usted este disgusto. Por lo demás..., yo estoy seguro... de que esto que tengo... se curaría o por lo menos... se..., se..., con aguardiente... Crea usted que muero por falta de líquidos... gaseosos... y sólidos..." (141)

Es de notar la gracia con que Clarín trata algunos párrafos en los que habla de don Santos y don Pompeyo. Tal vez la impiedad y el ateísmo eran posturas que le movían a risa, a ironizarlas.

El Magistral impidió que el obispo le diera la Extrema Unción a Barinaga; y Santos, respaldado por Gui-

marán, no aceptó recibir los Santos Oleos. "Dicen que dijo: El pan del cuerpo es el que yo necesito, ¡que así me salve Dios muero de hambre!" (142)

Para don Pompeyo la muerte de Santos Había sido gloriosa; había sido el único que acompañó a Santos en su última noche de vida. También Guimarán había presidido el cortejo fúnebre seguido de obreros que, paradójicamente, rezaban Padres Nuestros. "Todo aquello era una contradicción; pero Vetusta no estaba preparada para un verdadero entierro civil." (143)

Don Pompeyo venía pensando, al regreso del entierro, que no había Dios, "pero si lo había estaban frescos..." (144) De cualquier modo, don Pompeyo tuvo fiebre esa noche y deliró. Desde ese infausto día la salud lo abandonó. Guimarán no era creyente, pero respetaba todos los cultos, como no lo hacía ningún vetustense. Además, don Pompeyo sentía remordimientos cuando se sorprendía deseando que "jamás cundiese la doctrina racional, salvadora, que por tal la tenía". (145)

Algún celoso obispo, bien intencionado, había tratado de excomulgar a don Pompeyo para establecer un escarmiento; pero el bueno de Guimarán había contestado:

"El señor obispo no tiene derecho a excomulgar a quien no comulga; pero venga en buena hora la excomunión. Y ahí me las den todas." (146)

En fin, que don Pompeyo no volvió a ver la suya, desde la muerte de Santos Barinaga. "Estaba triste sin cesar". (147)

Don Pompeyo, abominaba de la amistad de esos "es-píritus frívolos", los del casino, que lo habían engañado haciendo que se emborrachara adentro de la igle-sia. Y sobre todo, lo que le pesaba verdaderamente sobre su alma era el entierro civil de Barinaga y el corraje del pueblo hacia el Provisor. Por sobre todas - las cosas había algo que le hacía temblar y era la - idea de morir como un perro. "Y yo que tengo mujer y cuatro hijas." (148)

Cuando el médico Somoza propuso, con muy mal pronóstico, "que se preparara al enfermo", la hija mayor de don Pompeyo le dijo:

"-Papá, tú eres tan bueno, ¿Querrías darme un disgusto, dárselo a mamá, sobre todo, que te quiere tanto... y es tan religiosa?
"-No prosigas, Agapita querida -dijo el enu

fermo con voz meliflua, débil, mimosa-. Ya sé lo que pides. Que confiese. Está bien, hija - mía. Quiero que me oiga en confesión el señor de Pas; necesito que me oiga, y que me - perdone... Media hora después toda Vetusta sabía el milagro.

"¡El ateo llamaba al Magistral para que le ayudara a bien morir!" (149)

Vetusta se alegraba, no tanto porque se confesaba Guimarán, sino porque ya tenían un tópico de conversación nuevo que los sacara del ancestral tedio. Y El Lábaro podía imprimir una gacetilla, mal redactada, cursi, pero sensacional.

Don Santos Barinaga había pasado a ser, de ferviente devoto, a furibundo anticlerical y comecuras. Todo ello por culpa del Provisor, quien, con su comercio clandestino, había hecho quebrar el negocio - de Santos. La Iglesia se había confabulado en contra de él para arruinarlo, y para que su hija fuera una beata mala, como había muchas en Vetusta, que lo mataba de hambre. Y Santos bebía todo el día, tal vez para olvidar. Se autodestruía lentamente; de esta autodestrucción, de su muerte sin recibir el auxilio -

de los últimos Sacramentos, de su odio a la Iglesia, - era culpable el Magistral. Vetusta lo sabía. Esa era la venganza post-mortem que ejercía Barinaga en contra del Provisor. Como se ve, Barinaga tenía que morir fuera de la Iglesia para que todo funcionara bien en la novela. El Magistral se anotaba una derrota con el fallecimiento del borrachín; pero se compensaba, con creces, por la conversión milagrosa de don Pompeyo Guimarán antes de morir.

Estos dos hombres buenos debían morir congruente-mente: dentro de una moral cristiana. La del amor a Dios y a Jesucristo.

XI. DON TOMÁS CRESPO, FRÍGILIS, Y DON VICTOR
QUINTANAR

Ana de Ozores no se atrevía a comunicar a sus tías lo que le pasaba ni lo que sentía ni mucho menos qué pensaba. Tomás Crespo era el único amigo que entendía, - con muy pocas palabras, lo que los demás no hubieran entendido en "tomos enteros". Don Tomás tenía, según Ana, prendas morales, raras en Vetusta, a saber: la tolerancia, la alegría expansiva y la despreocupación en materias supersticiosas". (150)

"A don Tomás le llamaban Frígilis, porque si se le refería un desliz de los que suelen castigar los pueblos con hipócritas - aspavientos de moralidad asustadiza, él - se encogía de hombros, no por indiferencia, sino por filosofía, y exclamaba sonriendo:

-¿Qué quieren ustedes? Somos frígilis; como decía el otro.-Frígilis quería decir frágiles. Tal era la divisa de don Tomás: la fragilidad humana.

El mismo había sido frágil. Había creído demasiado en las leyes de la adaptación al medio. Pero de esto ya se hablará en su día. Ocho años más adelante brillaba en todo su esplendor su noble manía de perdonarlo todo. Era sagaz para buscar el bien en el fondo de las almas, y había adivinado en Anita tesoros espirituales." (151)

Don Tomás le había recomendado a Anita, como el único novio digno de ella, a su amigo Victor Quintanar. "Magistrado, aragonés muy cabal, valiente, gran cazador, muy pundonoroso y gran aficionado a las comedias." (152)

Bien es cierto que don Víctor contaba con cuarenta y tantos años y el monto de los tantos se ignoraba.

Ana llegó a cobrar sincera estimación por don Víctor, que "Tenía ideas puras, nobles, elevadas y hasta poéticas." (153)

Por fin, y presionada por las circunstancias, Ana decidió casarse con don Víctor sin amarlo. Después, en múltiples ocasiones, Frígilis le repetía a

Quintanar sus temores de que "Anita no es feliz". (154)

Cuando Frígilis se entera del adulterio cometido - por Ana y Mesía, le dice a Quintanar: "Cuando te casé, porque yo te casé, Víctor, bien te acordarás, creía - hacer la felicidad de ambos." (155)

Don Tomás Crespo se había equivocado, tarde lo comprendía. Frígilis tenía una dulce manía

"Disculpaba todos los extravíos y perdonaba todos los pecados." (156) También "despreciaba la opinión de sus paisanos y compadeecía su pobreza de espíritu." "La humanidad era mala", pero no tenía la culpa ella. El oídium consumía la uva, el pintón dañaba - el maíz, las patatas tenían su peste, vacas y cerdos la suya; el vetustense tenía la envidia, su oídium, la ignorancia su pintón, ¿qué culpa tenía él?" (157)

Don Tomás y don Víctor huían de Vetusta todo lo más que podían, buscaban solaz en la contemplación de la campiña. Frígilis amaba la floricultura y la arboricultura, a ellas dedicaba su tiempo. Además - era darwiniano. Don Víctor se entretenía en el estu-

dio de los animales y con la lectura del teatro español clásico. Los dos salían de cacería en las mañanas a muy temprana hora, y regresaban al caer la noche. Así convivían, felizmente, los dos amigos.

Quintanar era un "padre" para Anita en toda la extensión de la palabra. Bueno, muy bueno..., pero, en determinado momento de la novela, Clarín lo califica de idiota.

Cuando Ana padece una crisis nerviosa de evasión de la realidad, Quintanar le dice: "Iremos a todas -- partes, y si me apuras, le mando a Paco o al mismo Me sía, el Tenorio, el simpático Tenorio, que te enamoren..." (158)

Quintanar odiaba al Magistral, confesor de Anita, porque juzgaba que éste era el culpable del fanatismo en el cual se encontraba su esposa. Fanatismo que, a todas luces, condena Quintanar. "¡Infame! ¡Es un infame! ¡Me la ha fanatizado!" y "¡lo juro por mi nombre honrado! ¡Antes que esto, prefiero verla en brazos - de un amante." (159)

Lo que dice Quintanar, a manera de premonición, lo refuerza con el hecho de entablar una íntima amis-

tad con el tenorio de Vetusta.

En el baile del casino, Quintanar insta a Ana y Mesía a que bailen:

"-Ana, ¡a bailar! Alvaro, cójala usted..."

Hay un algo que obra inconscientemente en Quintanar y que lo mueve a desear un amante para su mujer. Ana necesita la satisfacción sexual que no tiene en su marido.

Ana, por fin, se entrega a Mesía. Se consuma el adulterio.

Cuando don Víctor descubre a los adúlteros, ni mata a Mesía ni a Ana; a pesar de que lo puede hacer con facilidad y, además, con la aprobación y el regocijo de los vetustenses:

"ellos eran unos infames, habían engañado al esposo, al amigo..., pero él iba a ser un asesino, digno de disculpa, todo lo que se quiera, pero asesino." (160)

"Aquel era su drama de capa y espada, los había en el mundo también. ¡Pero qué feos eran, qué horrorosos! ¿Cómo podía ser que tanto deleitasen aquellas traiciones, aquellas muertes, aquellos rencores en verso y

en el teatro. ¡Qué malo era el hombre! no mata así, de repente, sin morir se él de dolor, a las personas a quien vive unido con todos los lazos del cariño, de la costumbre... Su Ana era como su hija... Y él sentía su deshonra como la siente un padre; quería castigar, quería vengarse, pero matar era mucho. No, no tendría valor ni hoy, ni mañana, ni nunca. ¿Para qué engañarse a sí mismo? Mata el que se ciega, el que aborrece; él no estaba ciego, no aborrecía, estaba triste hasta la muerte, ahogándose entre lágrimas heladas; sentía la herida, comprendía todo lo ingrata que era ella, pero no la aborrecía, no quería, no podía matarla. Al otro sí; Alvaro tenía que morir; pero frente a frente, en duelo, no de un tiro, no." (161)

Quintanar sabe, por boca del Magistral, que Vetusta está enterada del asunto Ana-Mesía y, simplemente, dice: "¡Lo que importa es que el mundo lo sabe!" (162)

Al Magistral le interesaba azuzar a Don Víctor para que realizara su venganza por una razón personal; la de vengar su amor herido. Y Vetusta necesitaba desabu

rrirse, suspender sus bostezos, regocijarse con noticias del día. Escandalizarse. Y, después, compadecer y sentir lástima, hipócritamente.

"Sí (pensaba Quintanar), la tristeza era universal; todo el mundo era podredumbre, el ser humano lo - más podrido de todo." (163)

E, irónicamente, don Víctor, que se había pasado no ches enteras recitando los dramas de Calderón de la Bar ca, desecha la moral calderoniana, se acoge a la opuesta: la cristiana. Recuerda a Kempis, al que había olvida do:

"Arregla -decía el sabio asceta-, arregla y ordena todas las cosas según tu modo de ver y según tu voluntad, y verás que siempre - tienes algo que padecer de grado o por fuerza; siempre hallarás la cruz." (164)

La religión cristiana -como dice Clarín- es tan - bella porque es muy triste. No trata, don Víctor de encontrar atenuantes para él, sino por el contrario analiza y se culpa:

"¿Con qué derecho uní mi frialdad, de viejo distraído y frío, a los ardores y a los -

sueños de su juventud romántica y extremosa?
 ¿Y por qué alegué derechos de mi edad para -
 no servir como soldado del matrimonio y pre-
 tendí batirme como contrabandista del adulte-
 rio? ¿Dejará de ser adulterio el del hombre
 también, digan lo que quieran las leyes?...
 Comprendía que aquellas meditaciones lo ale-
 jaban de su venganza, que en el fondo del al-
 ma él no quería ya vengarse, quería castigar
 como un juez recto y salvar su honor, nada -
 más."

Pero ya los vetustenses estaban enterados de la des-
 gracia de don Víctor y tenía que batirse, so pena de
 quedar como un descastado.

Llegan los contendientes al lugar del duelo, el Vive-
 ro del marqués de Vegallana. El pensamiento de Quin-
 tar era:

"la verdad era que del furor que en su cora-
 zón había hecho estragos después de la visi-
 ta nocturna de don Fermín, ya no quedaban -
 más que restos apagados; ya no aborrecía a
 don Alvaro, ya no se figuraba imposible la vi-

da mientras no muriese aquel hombre; la filo
sofía y la religión triunfaban en el ánimo -
de don Víctor. Estaba decidido a no matar."

(165)

Eran, según Quintanar, la filosofía y la religión,
las que habían influido en el ánimo de don Víctor pa-
ra no matar a Mesía.

Después de oír la confesión que le hiciera Quin-
tanar a Frígilis, sobre el adulterio de Ana, surge -
un diálogo revelador:

"-Perdonarla es transigir con la deshon-
ra...

"-Eso ya lo veríamos. ¿Tú eres cristiano?

"-Sí, de todo corazón, más cada día... Co
mo que ya no veo más refugio para mi alma
que la religión...

"Y ya ves, antes de matarla hay que ver -
si tenemos derecho para ello.

"No, yo no lo tengo; me lo dice la con-
ciencia..."

"-Y dice perfectamente." (166)

Tanto don Víctor como don Tomás ajustaban su vida
a una norma de moral cristiana. Y decimos moral cris-
tiana porque conviene distinguir con claridad la re-
ligión -cualquiera que ésta sea- con la ética de esa

misma religión. Es decir que toda religión tiene una de terminada forma de concebir el modo en que se ha de vivir, o mejor dicho su propia moral.

De todas formas es muy bueno puntualizar la religión y la ética o moral que esta religión tiene.

En el caso de la religión cristiana, tanto sus autoridades como sus más representativos seguidores, si bien enfatizan el aspecto ético, nunca han pensado que esta religión cristiana pudiera reducirse a una serie de reglas de vida. Para todos los cristianos su religión debe ser un mensaje de salvación, un cobrar conciencia de su filiación divina y de allí una fraternidad social, mucho más profunda que cualquiera concepción en este punto. Si se quiere mencionar las reglas de vida de la religión cristiana, se podría decir que son dos: el amor a Dios y el amor al prójimo o, mejor dicho, el amor a Dios en y a través de sus prójimos. De ello se deduce que la moral cristiana de amar a Dios y al prójimo la practicaban, en su más hondo y amplio sentido, don Víctor Quintanar y Tomás Crespo. No era, pues, extraño que les asfixiara Vetusta y que pasaran casi toda su vida lejos de aquel mentidero,

en contacto con formas más frescas de vida.

Conviene, igualmente, tener presente que no pertenece la ética de la religión al modo como "de hecho" viven las personas que se "dicen" militantes de esa religión. Esta forma de vida hace que exista un determinado e inconfesado criterio acerca de cómo hay que vivir, como era el caso de las Cruzadas, el batirse en duelo, vengar el honor, tener esclavos, etc. Es así como había formas de vivir, en Vetusta, de personas que se decían ser practicantes de la religión cristiana y - sus actos de ninguna manera pertenecían o se ajustaban a los principios de esta religión en la cual decían militar. Entre las poquísimas excepciones a esta regla se contaban Quintanar y Frígilis.

Todo lo anterior se podía aplicar a todas las sociedades españolas decimonónicas.

Ahora bien, dentro de la filosofía existe una - parte de la misma denominada ética, moral, filosofía o filosofía ética. Aquí se trata de fundamentar la validez objetiva, desde un punto de vista estrictamente racional, de la conducta moral del hombre. Puede coincidir o no esta doctrina con lo que señala una

determinada religión, en lo referente a la forma como - esa religión concibe la forma en que hay que vivir.

Concretamente Krause es tributario de la concepción kantiana de la ética filosófica. El precepto RACIONAL, no religioso, de la ética kantiana consiste en practicar el deber por el deber ser. Por supuesto aludo a esta doctrina en forma muy esquemática; lo indicado sería considerarlo con mayor detenimiento; pero por la índole literaria del trabajo, considero que eso no es necesario.

Otro principio de la ética kantiana es que el sujeto racional, el hombre, debe actuar de tal manera que su conducta pueda ser erigida como pauta y norma para todos los hombres. Aspecto muy importante que quizá sea uno de los rasgos característicos que distinguen a la ética kantiana de otras. Denominada "ética formal", con ello se quiere indicar que lo que constituye la esencia de la moralidad de un acto no es tanto su materia (lo que se hace) sino el hacerlo, porque es un deber hacerlo (aspecto formal). Piensa Kant que las demás éticas, en todo caso las que él analiza, son éticas interesadas: esperan algo de sus actos morales: la felicidad, la tranquilidad de su conciencia,

la aprobación de la sociedad, un premio en la otra vida. Kant piensa que su ética es desinteresada, formalista y pura. Es explicable que se analice, a grandes rasgos, la ética kantiana porque algunas de las concepciones de Krause se alínean en el pensamiento post kantiano. Y hay que recordar que Clarín es krausista.

Qué duda cabe pensar que dentro de esta ética es donde está la postura de personajes clarinianos como Quintanar y Crespo. Desde el punto de vista filosófico, Frígilis y don Víctor se afilian a la ética del deber por el deber ser. Desde el religioso cristiano permanecen en el sentimiento de amor y perdón.

XII. ALVARO MESÍA Y PACO VEGALLANA, "EL MARQUESITO"

Alvaro Mesía era el tipo de hombre sexualmente insatisfecho, y espiritualmente incapacitado para amar; había tenido muchísimas amantes, pero así "como una dama rica y elegante deja vestidos casi nuevos a sus doncellas, Mesía más de una vez dejaba en brazos de Paco - amores apenas usados." (167)

Mesía no podía amar a nadie: "amaba a Ana después de amarse a sí mismo". (168) Esa era la verdad: se - amaba sí mismo.

La divisa del don Juan era "creo en mí y no creo en ellas." (169)

Jefe del partido liberal dinástico, en realidad Mesía era "un hombre político que aprovechaba el amor y - otras pasiones para el medro personal". (170) Alvaro estaba convencido que lo que buscaban las mujeres en los hombres era el físico. Todo en la vida de Mesía debía tener un sentido utilitario. "Don Alvaro era profundamente materialista." "No tenía fe alguna ni bendita la falta". (171) a no ser cuando le entraba el miedo a la muerte. El tenorio de Vetusta "no -- creía en la felicidad, concepto metafísico según él,

creía en el placer que no se mide por el tiempo".(172)

Tampoco "creía en la virtud; aquel género -cito-

de materialismo que era su religión, le llevaba a pensar que nadie podía resistir los - impulsos naturales, que los clérigos eran hipócritas necesariamente, y que la lujuria mal refrenada se les escapaba a borbotones por - donde podía y cuando podía. Don Alvaro, que - sabía presentarse como un personaje de novela sentimental e idealista, cuando lo exigían - las circunstancias, era, en lo que llamaban El Lábaro el santuario de la conciencia, un cínico sistemático. En general envidiaba a los curas con quienes confesaban sus queridas y los temía. Cuando él tenía mucha influencia sobre alguna mujer, le prohibía confesarse. Sabían muchas cosas. En los momentos de pasión desenfrenada a que él arrastraba a la hembra siempre que podía, para hacerla degradarse y gozar él de veras con algo nuevo, obligaba a su víctima a desnudar el alma en su presencia, y - las aberraciones de los sentidos se transmitían a la lengua, y brotaban entre caricias

absurdas y besos disparatados confesiones vergonzosas, secretos de mujer que Mesía saboreaba y apuntaba en su memoria. Como un mal clérigo, que abusa del confesionario, sabía don Alvaro flaquezas cómicas o asquerosas de muchos maridos, de muchos amantes, sus antecesores, y en el número de aquellas crónicas - escandalosas entraban como parte muy importante del caudal de obscenidades, las pretensiones lúbricas de sus solicitantes, sus extravíos, dignos de lástima unas veces, repugnantes, odiosas las más." (173)

En un momento dado, gracias a la traición de Petra, quedan al descubierto las relaciones de Ana de Ozores y Alvaro Mesía. El propio Mesía había comentado todo esto ya con el marquesito:

"lo que no había dicho era que él tenía mucho miedo; que así como se alegraba de ver rotas aquellas relaciones que iban a acabar con la poca salud que le quedaba y a dejarle en ridículo a los mismos ojos de Ana, le horrorizaba la idea de verse frente a frente de don Víctor con una espada o

una pistola en la mano." (174)

Quintanar insiste en que el duelo se efectúe y se deja matar por Mesía deliberadamente. Solo, entonces, "Mesía, pensó en Dios sin querer." (175) Después del duelo huye a Madrid y deja a Ana sola en Vetusta.

Así era, grandes rasgos, el tenorio vetustense: un cobarde.

Paco Vegallana, el marquesito, tiene una moral "personal y moderna". Piensa que "una mujer casada peca - menos que una soltera cometiendo una falta, porque es claro que la casada no se compromete". "Esta es la moral positiva", "sí señor, es la moral moderna. ¿Qué - daño se le hace a un marido que no lo sabe?" De esta manera "no pensaba, por supuesto, abstenerse del amor adúltero en casándose". (176)

Mesía y Alvaro tenían una moral arreglada a su tenorismo y avalada por su condición social alta. Para vivir, ellos se habían fabricado una ética curiosa y acomodaticia.

XIII. DOÑA ANA DE OZORES Y DON FERMIN DE PAZ

Si fuera necesario usar una etiqueta para clasificar a Ana de Ozores, no podríamos encontrar una mejor que la de la frustración. La madre de Ana, a quien ésta no conoció, no era noble como su padre: fue una bailarina italiana. Anita fue víctima de la maledicencia a edad muy temprana, pues su padre la dejó en manos de una aya perversa y lujuriosa. Luego, cuando con Carlos se hizo cargo de Anita en la adolescencia, cometió mil imprudencias en detrimento de su formación moral. Era un librepensador que tenía una mediana biblioteca en la que había no pocos libros condenados por el Índice de la Iglesia Católica. Además a don Carlos no le importaba que Ana conviviera con los "peligrosos desnudos clásicos", ni que escuchara las conversaciones de sus amigos "los liberalotes" aquéllos. De este tipo de educación liberal, pasó Anita, cuando murió su padre, a vivir con sus tías, unas beatas solteronas, - que le enseñaron la moral vetustense, la "de la clase"; "la del ten con ten", que Ana tuvo que aceptar sin re medio.

Anita había quedado huérfana y en la miseria, por lo cual no tenía probabilidad de casarse con un miem-

bro de la nobleza. Los nobles ricos buscaban a las aristócratas ricas. Tal fue lo que las tías quisieron que - comprendiera Anita. Las de Ozores se habían burlado de una crisis de "misticismo pasajero" de Anita y de otro defecto suyo, muy ridículo, su gusto por la literatura. ¿"Una Ozores literata"?, allí estaban ellas para impedirlo. Su cuaderno de versos fue censurado.

A pesar de eso, algunas veces, "A solas en su alcoba, algunas noches en que la tristeza la atormentaba, volvía a escribir versos, pero los rasgaba en seguida y arrojaba el papel por el balcón para que sus tías - no tropezasen con el cuerpo del delito." (177)

Así toda posibilidad de evadirse de esa horrible realidad, por el misticismo o la literatura, fue cortada de raíz en la vida de Ana.

Casó doña Ana con don Víctor Quintanar, un hombre viejo, que la trató y quiso como a hija. Este matrimonio desconoció, prácticamente, la vida del sexo. No tuvieron hijos. Clarín "insiste constantemente sobre la frustración sexual y material de doña Ana y, - por otra parte, y siempre al mismo tiempo, describe sus problemas psicológicos-religiosos. 'Ni madre ni hijos' es la frase clave de doña Ana." (178)

Sufre Ana, desde pequeña, crisis nerviosas que la

obligan a vivir encerrada en su habitación. En una de estas enfermedades Ana se pregunta: "¿Por qué lloraba? ¿A qué venía aquello? También ella era bien necia. Tenía miedo de estos enternecimientos que no servían para nada. La luna la miraba a ella con un ojo solo, medido el otro en el abismo; los eucaliptos de Frígilis, inclinando leve y majestuosamente sus copas, se acercaban unos a otros, cuchicheando, como diciéndose discretamente lo que pensaban de aquella loca, de aquella mujer sin madre, sin hijos, sin amor, que había jurado fidelidad eterna a un hombre que prefería un buen macho de perdiz a todas las caricias conyugales." (179) Luego se estremeció de frío y volvió a la realidad.

Ana de Ozores, como Frígilis, Quintanar y el Provisor sienten la asfixia que Vetusta les produce. La vida era para Ana estúpida: "Aquellas costumbres tradicionales, respetadas sin conciencia de lo que se hacía, sin fe ni entusiasmo", (180) hacían que Ana se preguntara a quién no embrutecería aquella vida y tenía miedo de acabar así como todo el mundo.

Ana dividía su tiempo entre la iglesia y las cosas del mundo; vivir, salvarse o perderse, todo menos esa vi

da de idiota, como la de todas aquellas vetustenses. Su inteligencia la obliga a hacer esta reflexión y con ella acrecienta su inútil rebeldía.

Ana busca un consuelo en la religión con ayuda de don Fermín, su confesor espiritual que alimentaba la beatitud de Ana por su egoísmo pasional. Su marido le prohíbe ese contacto y también Ana lo abandona cuando descubre el amor de don Fermín hacia ella. Igualmente trata de huir de Alvaro Mesía, el tenorio de Vetusta: "su pasión es ilegítima también, aunque no repugnante y sacrílega como la del otro... huiré de los dos." (181) Hay momentos en que el Magistral se erotiza y don Alvaro - tiende a espiritualizarse.

Pero Ana no contaba con que Vetusta entera se había confabulado para que incurriera en adulterio con Mesía. Todos, hasta su marido, propician la caída de Ana. La ciudad se convierte en un monstruo devorador, pues exige víctimas para dejar de estar somnolienta y amodorrada. Vetusta prepara no tan sólo un adulterio, sino - también un duelo, cuando Ronzal y Petra propalan la noticia. El crimen fue, pues, colectivo. El mundo de Ana es sartreano: el infierno son todos los demás vetustenses.

Piensa Ana que "Todos la abandonaban. Lo merecía; pero... de todos modos qué malvados eran aquellos vetustenses que ella había despreciado siempre." (182) Ana - cayó a un abismo; puso su alma en manos del indigno clérigo don Fermín, y su cuerpo lo entregó a un pobre diablo, el tenorio Mesía.

Las mujeres hablaban mal de Ana, nadie la visitaba, nadie quería ningún trato con la hija de la bailarina italiana. Vetusta entera la congeló. Solamente Frígilis se fue a vivir a los sótanos de la casona para estar cerca de Ana y cuidarla; el marqués decía: "De todas maneras, eso de vivir bajo el mismo techo que co-bija a la viuda infiel de su mejor amigo es... nauseabundo." (183)

Este cuadro desolador de abandono total en el que se encuentra Ana se acrecienta con el rechazo violentísimo del Magistral hacia ella y el asqueroso beso violatorio del monaguillo afeminado.

"Pocos momentos más desconsoladores hay en nuestra literatura que el final de La Regenta, aquí, como en muchos otros de sus relatos, tiende a concentrar todo el dolor que provoca la narración en un motivo final." (184)

Es obvio decir que el enfoque que hace Clarín de sus personajes es naturalista. Todo debe explicarse condicionado genéticamente y por el medio ambiente. "Ana de Ozores está regida por un determinismo fisiológico-insatisfacción sexual y del ambiente en que ha vivido; - incluso los caracteres hereditarios tienen en ella una gran importancia." (185) Clarín se encontraba influido por el naturalismo. Y como dice Huberto Batis: "Con actitud ecléctica, Clarín supo tomar del naturalismo - francés y de las corrientes psicológicas en boga lo - que le pareció conveniente." (186)

La figura de don Fermín de Paz no es menos dolorosa - y frustrada que la de Ana. El determinismo marca también a este personaje. Doña Paula explicita, en cierta forma, al Provisor. El deseo imperioso de alcanzar el poder (cualquier tipo de poder) y el tesón para llegar a conseguirlo, haciendo a un lado toda consideración o escrupúlo moral son las constantes en - la vida de doña Paula y su hijo. El Magistral está cansado de vivir movido sólo por la ambición propia y la codicia de su madre. Por otra parte, sus sueños de llegar a ocupar los sitios de las altas esferas - eclesiásticas se había ido, poco a poco, desvaneciendo y Vetusta era bien poca cosa para él. El Magis-

tral era el cacique supremo: "conocía una especie de Ve
tusta subterránea; era la ciudad oculta de las concien-
cias." (187) Tal vez por este conocimiento "en el fondo
de su alma despreciaba a los vetustenses." "Era aque-
llo un montón de basura." (188)

Pero si don Fermín sentía náusea al palpar lo que -
sus coterráneos eran, éstos, a su vez, pasaban horas -
enteras comentando la vida del Provisor. Como don Fer
mín tenía espías, estaba al tanto de las habladurías y,
aunque no le importaban mucho, quería saber siempre -
hasta dónde llegaban en sus injurias.

Don Fermín, como todo "héroe de la novela, no sólo
se las tiene que ver con sus demonios internos; tam-
bién está integrado en una sociedad a la que se opone
violentamente o de la que permanece al margen." (189)
Ana participaba de esto también. Los dos padecían las
rejas de Vetusta. Sólo el amor de Ana le había hecho
decir al Provisor: "yo había soñado que ya no era Ve-
tusta para mí una cárcel fría ni un semillero de envi-
dias que se convertían en culebras". (190)

Ana, como ya se vio, sabe que ha transgredido las
leyes morales; ello no obsta para que compruebe la mal
dad de los que la rodean. El Provisor ve que "todo -

era pequeño, asqueroso y bajo... y él como todo." (191)

La situación de Ana y el Magistral encajaría en lo que Sartre dice:

"Otro es el mediador indispensable entre yo y yo mismo: me da vergüenza el modo en que yo - me presento ante otro.

Y, por el solo hecho de la presencia de otro, me veo capaz de emitir un juicio sobre mí mismo como si se tratara de un objeto, ya que es como objeto tal como me revelo ante los demás."

"A la psicología 'primera persona', basada en la introspección, y a la psicología 'en tercera persona', basada en la observación de la - conducta de los individuos sin referencia a - los 'estados interiores' o a la subjetividad, les sucedió, pues, una psicología 'en segunda persona' que constituye una síntesis de las - otras dos y considera al otro como objeto y - sujeto al mismo tiempo." (192)

Los personajes de Clarín se proyectan en todos los ángulos desde los cuales la psicología los puede detectar. Don Fermín se presenta, en su verdad, a través de los monólogos internos, a través de lo que dicen de él

los vetustenses, y por lo que de él habla el propio narrador.

El clímax que hiere al lector se produce con el adulterio de Ana y Mesía, porque -como dice Denis de Rougemont-

"Mal casados, decepcionados, sublevados, exaltados o cínicos, infieles o engañados: de hecho o en sueño, en el remordimiento o en el temor, en el placer de la revuelta o la ansiedad de la tentación, hay pocos hombres que no se reconozcan por lo menos en una de estas categorías. Renuncias, compromisos, rupturas, neurastenias irritantes y mezquinas confusiones de sueños, de obligaciones, de complacencias secretas, la mitad de la desgracia humana se resume en esta palabra: adulterio." (193)

Para doña Ana, su dolor está concentrado, efectivamente, en esta palabra: adulterio. Pero, para el Magistral, su infinita tragedia es el amor-pasión sacrílego y frustrado. Esta pasión cargada de una enorme dosis de celos va a desquiciar al Magistral y llevarlo a extremos inconcebibles de locura vengativa que lo convertirán en criminal.

Don Fermín actúa, llevado por los celos, en forma

por demás grotesca; sin embargo,".... La culpa de todo la tenía la odiosa, la repugnante sotana..." (194)

En el momento en que el Magistral sabe, por boca - de Petra, que Alvaro entra todas las noches a la casa de Ana para hacerla su amante, Clarín escribe un párrafo en el que el lector percibe la noción profunda que el escritor tenía del valor estético de la tristeza.

"El Magistral estaba pensando que el cristal helado que oprimía su frente parecía - un cuchillo que le iba cercenando los sesos: y pensaba además que su madre, al meterle por la cabeza una sotana le había hecho tan desgraciado, tan miserable, que él era en el mundo lo único digno de lástima. La idea vulgar, falsa y grosera de comparar al clérigo con el eunuco se le fue metiendo también por el cerebro con la humedad del cristal helado. Sí, él era como un eunuco enamorado, un objeto digno de risa, una cosa repugnante de puro ridícula... Su mujer, La Regenta, que era su mujer, su le

gítima mujer, no ante Dios, no ante los hombres, ante ellos dos, ante él sobre todo, ante su amor, ante su voluntad de hierro, ante todas las ternuras de su alma, La Regenta, su hermana del alma, su mujer, su esposa, su humilde esposa..., le había engañado, le había deshonrado, como otra mujer cualquiera; y él, que tenía sed de sangre, ansias de apretar - el cuello al infame, de ahogarle entre sus brazos, seguro de poder hacerlo, seguro de vencerle, de pisarle, de patearle, de reducirle a cachos, a polvo, a viento, él, atado por los pies con un trapo ignominioso, - como un presidiario, como una cabra, como - un rocín libre en los prados; él, misérrimo cura, ludibrio de hombre disfrazado de anafrodita, él tenía que callar, morderse la lengua, las manos, el alma, todo lo suyo, nada del otro, nada del infame, del cobarde que le escupía en la cara porque él tenía - las manos atadas... ¿Quién le tenía sujeto? El mundo entero... Veinte siglos de religión, millones de espíritus ciegos, perezosos, que

no veían el absurdo porque no les dolía a ellos, que llamaban grandeza, abnegación, virtud a lo que era suplicio." (195)

La tristeza que se desprende de lo que dice el Magis tral no nace de que esté expresada ninguna concepción filosófica. Lo que ahí ha quedado plasmado es la observación directa y mediata del ser humano, de su realidad total. De su rebeldía e inadaptación al medio.

No en balde Clarín dice que: "Para crear caracteres novelísticos hay que amarlos, transformarse en ellos y entrar en su interior." (196)

Doña Ana y don Fermín son personajes muy ricos desde el punto de vista literario. Son héroes problematizados, conflictivos. Su tristeza procede del sentir, - como en carne viva, el decepcionante espectáculo del vivir humano, en este caso, de Vetusta. Sufren porque "el dolor hace la pasión consciente" y "la pasión es - dolor." (197)

Moralmente están conscientes doña Ana y don Fermín de sus faltas; pero parece que éstas tuvieran que haber sucedido fatalmente. Por eso están atormentados. Su pasión les hizo desvanecer las barreras morales pa ra tratar de acceder a una humanidad más libre.

NOTAS AL CAPITULO I

- (1) Beser, Sergio. Leopoldo Alas, crítico literario. Editorial Gredos. Madrid, 1968, p. 339.
- (2) Alas, Leopoldo. La Regenta. Alianza Editorial, Madrid, 1966, p. 413.
- (3) Ferreras, José Ignacio. Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX. Editorial Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1973, p. 213.
- (4) Ibidem, p. 199.
- (5) Alas. Op. cit., p. 175.
- (6) Ibidem, p. 497.

NOTAS AL CAPITULO II

- (7) Aranguren, José Luis et al. Historia social de España, Siglo XIX. Ed. Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1972, p. 87.
- (8) Alas. Op. cit., p. 105.
- (9) Mallada, Lucas. Los males de la patria. Alianza Editorial. Madrid, 1969, p. 20.
- (10) Aranguren. Op. cit., p. 149.
- (11) Alas. Op. cit., p. 171.
- (12) Ibidem, p. 119.
- (13) Ibidem, p. 325.
- (14) Ibidem, p. 173.
- (15) Ibidem, p. 10.
- (16) Ibidem, p. 10.
- (17) Ibidem, p. 172.
- (18) Ibidem, p. 176.
- (19) Aranguren. Op. cit., p. 71.
- (20) Ibidem, p. 88.
- (21) Ibidem, p. 88.
- (22) Alas. Op. cit., p. 132.
- (23) Ibidem, p. 500.
- (24) Ibidem, p. 84.
- (25) Ibidem, p. 141.
- (26) Ibidem, p. 140.
- (27) Ibidem, p. 141.
- (28) Ibidem, p. 86.
- (29) Cabezas, Juan Antonio. Op. cit., p. 124.
- (30) Alas. Op. cit., p. 62.
- (31) Ibidem, p. 120.
- (32) Ibidem, p. 91.
- (33) Ibidem, p. 568.

- (34) Ibidem, p. 144.
- (35) Ibidem, p. 144.
- (36) Ibidem, p. 144.
- (37) Ibidem, p. 146.
- (38) Ibidem, p. 256.
- (39) Ibidem, p. 376.
- (40) Ibidem, p. 616.
- (41) Ibidem, p. 146.
- (42) Ibidem, p. 141.
- (43) Pérez Galdós, Benito. Doña Perfecta. México: Editorial Porrúa. México, 1973, p. 50.

NOTAS AL CAPITULO III

- (44) Aranguren. Op. cit., p. 71.
- (45) Alas. Op. cit., p. 616
- (46) Ibidem, p. 117.
- (47) Ibidem, p. 117.
- (48) Ibidem, p. 235.
- (49) Ibidem, p. 459.
- (50) Pérez Galdós. Op. cit., p. 37.
- (51) Alas. Op. cit., p. 125.
- (52) Ibidem, p. 125.
- (53) Pérez Galdós. Op. cit., p. 50.
- (54) Ferreras, Op. cit., p. 217.

NOTAS AL CAPITULO IV

- (55) Aranguren. Op. cit., P. 193.
- (56) Mallada. Op. cit., p. 153.
- (57) Ferreras. Op.cit., p. 212.

NOTAS AL CAPITULO V

- (58) Alas. Op. cit., p. 324.
- (59) Ibidem, p. 470.
- (60) Ibidem, p. 471.
- (61) Larra, Mariano José de. Artículos políticos. Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1967, p. 26.

NOTAS AL CAPITULO VI

- (62) Alas, Op. cit., p. 199.

NOTAS AL CAPITULO VII

- (63) Mallada. Op. cit., p. 185.
- (64) Ibidem, p. 181.
- (65) Ibidem, p. 59.
- (66) Alas. Op. cit., p. 114.
- (67) Ibidem, p. 114.
- (68) Ibidem, p. 141.
- (69) Pérez Galdós. Op. cit., p. 111.
- (70) Alas. Op. cit., p. 80
- (71) Ibidem, p. 223.
- (72) Ibidem, p. 642.
- (73) Ibidem, p. 535.
- (74) Ibidem, p. 376.
- (75) Ibidem, p. 68.
- (76) Ibidem, p. 663.
- (77) Ibidem, p. 239.
- (78) Ibidem, p. 230.
- (79) Ibidem, p. 234.
- (80) Ibidem, p. 237.
- (81) García Sarriá. Op. cit., p. 29.
- (82) Alas. Op. cit., p. 653.
- (83) Ibidem, p. 72.
- (84) García Sarriá. Op. cit., p. 108.
- (85) Alas. Op. cit., p. 674.
- (86) Ibidem, p. 558.
- (87) Alas. La Regenta. UNAM, México, 1960, p. XIII.

NOTAS AL CAPITULO VIII

- (88) Aranguren. Op. cit., p. 60.
- (89) Valera, Juan. Pepita Jiménez. Ed. Losada, Buenos Aires 1967, p. 21.
- (90) Pérez Galdós. Op. cit., p. 34.
- (91) García Sarriá. Op. cit., p. 20.
- (92) Pérez Galdós. Op. cit., p. 12.
- (93) Alas, Leopoldo. La Regenta. Alianza Editorial. Madrid 1966, p. 8.
- (94) Ibidem, p. 119.
- (95) Ibidem, p. 17.
- (96) Ibidem, p. 9.
- (97) Ibidem, p. 557.
- (98) Ibidem, p. 33.
- (99) Ibidem, p. 11.
- (100) Ibidem, p. 12.
- (101) Ibidem, p. 38.
- (102) Ibidem, p. 23.
- (103) Ibidem, p. 24.

- (104) Ibidem, p. 15.
- (105) Ibidem, p. 15.
- (106) Ibidem, p. 232.
- (107) Ibidem, p. 232.
- (108) Ibidem, p. 244.
- (109) Ibidem, p. 34.
- (110) Ibidem, p. 34.
- (111) Ibidem, p. 39.
- (112) Ibidem, p. 35.
- (113) Ibidem, p. 32.
- (114) Ibidem, p. 37.
- (115) Ibidem, p. 37.
- (116) Ibidem, p. 198.
- (117) Ibidem, p. 199.
- (118) Ibidem, p.2200.
- (119) Ibidem, p. 126.
- (120) García Sarriá. Op.cit., p. 91.
- (121) Alas. Op. cit., p. 420.
- (122) Ibidem, p. 413

NOTAS AL CAPITULO IX

- (123) Ibidem, p. 67.
- (124) Ibidem, p. 66.
- (125) Ibidem, p. 306.
- (126) Ibidem, p. 313.
- (127) Ibidem, p. 313.
- (128) Ibidem, p. 305.
- (129) Ibidem, p. 212.
- (130) Ibidem, p. 617.
- (131) Ibidem, p. 617.
- (132) Ibidem, p. 622.
- (133) Ibidem, p. 314.
- (134) Ibidem, p. 382.
- (135) García Sarriá. Op. cit., p. 245.

NOTAS AL CAPITULO X

- (136) Alas, Op. cit., p. 415.
- (137) Ibidem, p. 415.
- (138) Ibidem, p. 417.
- (139) Ibidem, p. 417.
- (140) Ibidem, p. 417.
- (141) Ibidem, p. 482.
- (142) Ibidem, p. 486.
- (143) Ibidem, p. 489.
- (144) Ibidem, p. 492.

- (145) Ibidem, p. 411.
- (146) Ibidem, p. 413.
- (147) Ibidem, p. 539.
- (148) Ibidem, p. 540.
- (149) Ibidem, p. 541.

NOTAS AL CAPITULO XI

- (150) Ibidem, p. 98.
- (151) Ibidem, p. 99.
- (152) Ibidem, p. 99.
- (153) Ibidem, p. 99.
- (154) Ibidem, p. 194.
- (155) Ibidem, p. 642.
- (156) Ibidem, p. 374.
- (157) Ibidem, p. 374.
- (158) Ibidem, p. 194.
- (159) Ibidem, p. 560.
- (160) Ibidem, p. 630.
- (161) Ibidem, p. 632.
- (162) Ibidem, p. 653.
- (163) Ibidem, p. 639.
- (164) Ibidem, p. 639.
- (165) Ibidem, p. 662.
- (166) Ibidem, p. 642.

NOTAS AL CAPITULO XII

- (167) Ibidem, p. 132.
- (168) Ibidem, p. 616.
- (169) Ibidem, p. 133.
- (170) Ibidem, p. 133.
- (171) Ibidem, p. 178.
- (172) Ibidem, p. 531.
- (173) Ibidem, p. 267.
- (174) Ibidem, p. 660.
- (175) Ibidem, p. 668.
- (176) Ibidem, p. 132.

NOTAS AL CAPITULO XIII

- (177) Ibidem, p. 96.
- (178) Ferreras, J. I. Op. cit., p. 207.
- (179) Alas. Op. cit., p. 186.
- (180) Ibidem, p. 326.
- (181) Ibidem, p. 530.

- (182) Ibidem, p. 670.
(183) Ibidem, p. 672.
(184) Beser, Op. cit., p. 156.
(185) Ibidem, p. 316.
(186) Alas. La Regenta. UNAM. México, 1960, p. XVIII.
(187) Alas. La Regenta. Alianza Editorial. Madrid, 1966,
p. 204.
(188) Ibidem, p. 204.
(189) Bourneuf, R. y R. Ouellet. La novela. Ed. Ariel.
Barcelona, 1975, p. 191.
(190) Alas. Op. cit., p. 406.
(191) Ibidem, p. 592.
(192) Ibidem, p. 192.
(193) Rougemont, Denis de. Amor y Occidente. Ed. Leyenda
México, 1945, p. 17.
(194) Alas. Op. cit., p. 593.
(195) Ibidem, p. 625.
(196) Beser, Op. cit., p. 288.
(197) Rougemont, Op. cit., p. 287.

C O N C L U S I O N E S

Es necesario puntualizar qué ha entendido el pueblo español por moral cristiana a través de su historia. Se habla de moral cristiana porque España siempre ha ostentado el título del país cristiano por excelencia.

La moral se define, en términos sencillos, como un sistema axiológico que valora la bondad de los actos humanos, en una comunidad determinada y en un momento dado. Lo anterior, por lo que respecta a la moral; pero en cuanto a lo de cristiano, es importante precisar que Cristo no estableció reglas o formas de vida; no elaboró ningún sistema ético; otra fue su misión. Por lo tanto hay que hablar de una moral española supuestamente cristiana.

Si nos remontamos en la historia, se verá que el concepto de moral cristiana ha ido cambiando, según las épocas. No es lo mismo la moral del medievo, que la moral de la contrarreforma o la de los jesuitas. Siguiendo el pensamiento de José Luis Aranguren, no se puede hablar concretamente de una moral española cristiana; lo que sí se puede admitir es que hay una invariante dentro de esta moral hispánica, "una especie de confusión entre diferentes códigos morales", "que unos códigos morales encubren y recu-

bren otros códigos." Por ejemplo, en el siglo XVII, "la moral cristiana es la moral del honor, como la limpieza de la sangre y la condenación de los "cristianos nuevos", los "judíos conversos". (1) Una especie de racismo espiritual, bastante anticristiano. En la España de Clarín priva, todavía, una moral calderoniana que es, evidentemente, no-cristiana. También aparece ya una moral burguesa, paralelamente a la consolidación del modo de producción capitalista en diversas regiones industriales españolas.

En la moral burguesa la felicidad ya no se busca fuera de este mundo, sino dentro de él. Felicidad, hablando, desde el punto de vista burgués es propiedad. Y la propiedad sólo se alcanza a través del trabajo. Por lo tanto, la moral burguesa exige virtudes de industriosidad, ahorro y previsión. Antes se pensaba sólo en la Providencia. Las virtudes burguesas son opuestas a las tradicionalmente españolas. El concepto de vida español es el aventurero. Por eso se dice irónicamente que el español no es hombre de trabajo sino de "trabajos".

"Al español lo que le importa es el desplante, el gesto, la gallardía, es decir el quedar bien. A las gentes de mentalidad burguesa no les importa mucho 'quedar bien' lo que les importa es el resultado de la acción.

Pero el español, el español cien por cien, lo que quiere sobre todo es quedar bien, aunque con eso pierda todo, porque su comportamiento no se ve condicionado como en la moral burguesa, por esas razones de tipo económico." (2)

El español es antiburgués. Recuérdese que el siglo pasado español fue romántico por excelencia, y la palabra burgués se oponía a la de "bohemio" que era el hombre que vivía románticamente.

A pesar de todo lo anterior, el siglo XIX español empezó a contar con una moral burguesa, junto con la moral romántica de la aventura de la fortuna, con la de la ostentación, con la de la picaresca, con la del honor. Todo esto bajo el título de moral cristiana.

La confusión es, pues, patente. Dentro de la clasificación de moral cristiana entran muchas formas de vida que no son precisamente cristianas, y sí, en muchos casos, anticristianas. Ésta es, en síntesis, la que podríamos llamar, precariamente, moral cristiana española decimonónica.

Ahora bien, volviendo al tema de esta tesis es necesario vislumbrar la moral de Clarín; la que transparentan sus cartas, sus juicios críticos y su novela La Regenta.

La frase clave de Clarín es la que está insertada en la Introducción: "Todo menos torcerme, todo menos decir lo que no siento." Esta verdad es la insignia de su conducta, y la hace extensiva a sus actividades literarias. Dice: "Lo moral en el arte es ser sincero principalmente " (3), porque el arte era para Clarín "una manera - irremplazable de formar conocimiento y conciencia total de mundo bajo un aspecto especial de totalidad y de sustantividad, que no puede darnos el estudio científico." (4) Clarín pensaba que el arte no podía ser algo tan banal que solamente fuera creado para producir satisfacción y agrado al lector: el arte debería cubrir una función moralizadora de docencia. Hay que tener presente - que en la literatura española la ejemplaridad ha juzgado un importante papel, a través de su historia. Así, - Clarín se situaba en una postura intermedia entre "el arte por el arte" y la literatura como un medio de enseñanza. "El arte (en última instancia, según Alas) ha de ser la realidad vista a través de un temperamento." (5) Pero en toda su verdad, Esta es la semblanza del Clarín crítico.

Las cartas que Clarín escribió a su amigo José Quevedo dejan entrever un Leopoldo Alas muy español y decimonónico, respecto a la moral sexual. A propósito de

la relación con su prima Leopoldina dice Clarín:

"Porque para mí, y antes de que te asustes demasiado, el decoro debido en una joven no consiste sólo en no propasarse a cometer esas faltas que castiga el código del 'qué dirán', que tiene la manga muy ancha, sino en ser recatada hasta el extremo de no enseñar el pie cuando se sabe que ha de haber quien la mire con mala intención." (6) Pasan Leopoldina y Clarín unos cinco días muy divertidos, pero después reflexiona y siente asco: "¡Y decir que en uno de estos escarceos se puede marchar el alma!" (7)

En otra epístola que Clarín envía a su amigo Quevedo, Leopoldo se perfila con una ética comprometida por lo que se refiere al amor:

"No admito que el amor sea una cosa ilegible, inefable, indefinible. No admito el amor como pasión. El amor de una mujer debe estar siempre supeditado a otras muchas cosas que son más grandes. Al que ama apasionadamente Dios le castiga con contrariedades en el tiempo. - Es necesario admitir que el que ama de veras, como Dios quiere, encontrará al ser digno de su amor. Hay pocos ejemplos de esto en la vida." (8)

Este es el pensamiento de Clarín respecto al amor. Se puede estar de acuerdo con él o no; el único punto que se debe tomar en cuenta para este estudio es el de que "el - que ama apasionadamente Dios le castiga", y "al que ama de veras como Dios quiere, encontrará al ser digno de su amor". La moral del amor es amar como Dios quiere. Aquí cabe la pregunta: ¿Cómo quiere Dios que el hombre ame a una mujer? La respuesta, según Clarín, sería, sin pasión. Y también la moral del amor sería la de que Dios castiga al que ama apasionadamente. ¿Qué hará, entonces, un temperamento apasionado para amar desapasionadamente?

En resumen, aparece una ética interesada: Hay que - quedar bien con Dios, para no tener contrariedades en el tiempo y para encontrar la mujer ideal, la mujer digna de aquel amor sublime, sin pasión. Otro ejemplo al respecto sería la moral que presenta el cuento "Aprensiones".

En una crítica que Alas hace sobre la Pardo Bazán, censura el libro y lo tacha de inmoral porque presenta el amor como "apetito prosaico, soso y frío". ¿Por qué es inmoral? Porque presenta un amor falso, sin pasión, sin dolor, ni tristeza.

En Clarín parece reflejarse un problema cristiano para aceptar la afirmación de la bondad del amor carnal.

Clarín presenta, al respecto, dos extremos. O "todo amor es puro o todo amor es degradación". A estas posibilidades, que también aparecen en La Regenta; "se le puede llamar maniqueísmo amoroso." (9) Frígilis y Quintanar son los personajes más buenos y nobles de La Regenta y aparecen como asexuados. Ana, la mujer más virtuosa de Vetusta, lo es sólo cuando vive fuera del sexo. El Magistral se degrada cuando quiere a Ana como mujer. Y Ana se degrada cuando ama a Mesía. Por lo demás, todo este concepto del sexo es muy explicable en la España del siglo pasado y en Clarín.

Dice Ferreras que en "La Regenta, el autor, su conciencia, su visión del mundo, se infiltran y denuncian por todas partes." (10) El lector debe escudriñar hasta la última palabra escrita por Clarín, que dice: "Yo soy amigo de los pormenores, porque en ellos entiendo que está la esencia de las cosas, la explicación de la ley que obedecen." (11)

La ética que priva en los personajes de La Regenta es flexible, con una excepción: la de Quintanar. Este personaje actúa kantianamente porque no mata a Mesía por seguir un principio absoluto. Atribuye "la razón a un principio formal (vacío) de igualdad y generalidad en su aplicación." (12) Es decir, que en él rige el pensamiento del deber por el deber ser. Los demás

personajes guardan una ética interesada; desde el punto de vista filosófico. Vistos con un enfoque humano los personajes responden más por el instinto que por la razón.

En el caso de Ana y el Magistral son víctimas de un determinismo social y genético. Este determinismo social fija la moral de las diferentes clases sociales. Las clases encumbradas ignoran los cánones morales, las pobres los infringen por necesidad. La moral verdaderamente cristiana la practican Frígilis, Quintanar, el obispo Camoirán y, también, curiosamente, el "ateo" don Pompeyo Guimarán.

La moral de los vetustenses está condicionada por razones genéticas y el medio ambiente. La libertad no existe como tal. Si alguien se atreve a transgredir, abiertamente, la moral de Vetusta, las consecuencias funestas no se hacen esperar.

La humanidad de Clarín no está idealizada; está pintada tal cual es. Los vetustenses viven en el amor y el odio. Los proletarios, la clase media y también la alta se mueven entre el vicio y la virtud. Los clérigos son... como son. Ana de Ozores y Fermín de Pas existieron como pudieron, explicados por un determinismo fatal.

La visión que de su mundo da Clarín, a través de La Regenta, es profundamente cristiana, de comprensión, - amor y perdón.

Para el Clarín cristiano comprenderlo todo es perdonarlo todo.

NOTAS A LAS CONCLUSIONES

- (1) Aranguren, J. L. et al. Historia social de España, Siglo XIX. Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1972. p. 89.
- (2) Ibidem, p. 93.
- (3) Baser, Sergio, Leopoldo Alas, Crítico Literario, Ed. Gredos Madrid, 1968, p. 137.
- (4) Ibidem, p. 177.
- (5) Ibidem, p. 172.
- (6) García Sarriá, Francisco. "Clarín o la herejía amorosa". Ed. Gredos, Madrid, 1975. p. 244.
- (7) Ibidem, p. 245.
- (8) Ibidem, p. 249.
- (9) Ibidem, p. 94.
- (10) Ferreras, J. I. Introducción a una sociedad de la novela española del Siglo XIX, Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1973, p. 207.
- (11) Baser, Sergio, Op. cit., p. 296.
- (12) Ramsay, Paul Nueve moralistas modernos. Herrero Hnos. Sucesores. México, 1965, p. 276.

B I B L I O G R A F I A

- Alas, Leopoldo. ¡Adiós, "Cordera"! y otros cuentos. Espasa-Calpe. Madrid, 1975, 147 pp.
- Alas, Leopoldo. El gallo de Sócrates y otros cuentos. Espasa-Calpe. Madrid, 1973, 141 pp.
- Alas, Leopoldo. Cuentos morales. Alianza Editorial. Madrid, 1973, 285 pp.
- Alas, Leopoldo. La Regenta. Universidad Nacional Autónoma - de México, México, 1960, 369 pp.
- Alas, Leopoldo. Solos de Clarín. Alianza Editorial. Madrid, 1971, 366 pp.
- Alas, Leopoldo. Su único hijo. Alianza Editorial. Madrid, 1976, 276 pp.
- Aranguren, J. L. et. al. Historia Social de España-Siglo XIX. Guadiana de Publicaciones, S. A. Madrid, 1972, 348 pp.
- Beser, Sergio. Leopoldo Alas, crítico literario. Editorial Gredos, S. A. Madrid, 1968.
- Bourneuf, R. y R. Ouellet. La novela. Editorial Ariel. Barcelona, 1975, 283 pp.
- Cabezas, Juan Antonio. "Clarín". El provinciano universal. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1962, 229 pp.
- Ferreras, J. I. Introducción a una sociología de la novela española del Siglo XIX. Editorial Cuadernos para el Diálogo, S. A. Madrid, 1973, 287 pp.
- Flaubert, Gustave. Madame Bovary. EDAF Madrid, 1967. 374 pp.
- García Sarriá, Francisco. Clarín o la herejía amorosa. Editorial Gredos, Madrid, 1975. 296 pp.
- Hauser, Arnold Historia Social de la Literatura y el Arte II, Ediciones Guadarrama. Madrid, 540 pp.
- Larra, Mariano José de. Artículos políticos. Editorial - Ciencia Nueva, S. L. Madrid, 1967, 348 pp.
- López-Morillas, Juan. El krausismo español: perfil de una aventura intelectual. Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
- Mallada, Lucas. Los males de la patria. Alianza Editorial, Madrid, 1969. 232 pp.
- Muñoz, Mauro. "Biografía completa de Mariano José Larra" en Los Protagonistas de la Historia. Ibérico Europea de Ediciones, S. A. 1969
- Pérez Galdós, Benito. Doña Perfecta. Misericordia. Editorial Porrúa, S. A. México, 1973, 253 pp.
- Ramsa y Paul. 9 moralistas modernos. Herrero Hermanos Sucesores, S. A. México, 1965, 297 pp.
- Rougémont, Denis de. Amor y Occidente. Editorial Leyenda, S. A. México, 1945, 355 pp.
- Tolstoi, León. Ana Karenina. Editorial Bruguera, S. A. Barcelona, Buenos Aires, Bogotá, 1963, 726 pp.

- Valera, Juan. Pepita Jiménez. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1967, 162, pp.
- Valbuena Prat, Angel. Historia de la Literatura Española. /Tomo III, Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, España: 1964.
- Warnock, Mary. Ética Contemporánea. Nueva Colección Labor. Barcelona, 1968, 175, pp.

I N D I C E

	Pág.
<u>Introducción</u>	1
Notas A la introducción.....	17
/I Vetusta	18
II Moral de las diferentes clases sociales de Vetusta.....	21
III Vetusta comparada con Madrid.....	39
IV Moral gubernamental.....	43
V La prensa.....	47
VI La vida intelectual.....	50
VII La religión.....	51
VIII El Clero.....	61
IX Personajes femeninos secundarios.....	78
X Dos personajes masculinos secundarios: Don Santos Barinaga y don Pompeyo Guima- rán.....	88
XI Don Tomás Crespo, <u>Frigilis</u> y don Victor Quintanar.....	95
XII Alvaro Mesía y Paco Vegallanes " <u>el marque- sito</u> ".....	108
XIII Doña Ana de Ozores y Don Fermín de Pas..	112
Notas a los Capítulos.....	124
<u>Conclusiones</u>	130
Notas a las Conclusiones.....	138
<u>Bibliografía</u>	139